

Selección



JOSEPH BERNA

UN GORILA LLAMADO MAX

SAM.


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

365 — Las maravillas de ultratumba, *Ralph Barby*.
366 — El rostro del horror, *Curtis Garland*.
367 — El rapto del alucinado, *Ralph Barby*.
368 — La danza de los fantasmas, *Clark Carrados*.
369 — Una losa sin nombre, *Glenn Parrish*.

JOSEPH BERNA

UN GORILA LLAMADO MAX

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 370
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 817 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Teresa Palmer.

Veinticuatro años.

Pelirroja.

Cara de fulana.

Y lo era.

De las caras.

Cobraba cien dólares por acostarse con un tío.

Pero no se metía en la cama con todo aquel que se lo proponía.

Teresa se permitía el lujo de rechazar al cliente si este no era de su agrado, porque era una hembra portentosa, y tenía más proposiciones de las que podía aceptar.

Además, no era de las que se mataban «trabajando».

Salvo casos excepcionales, sólo se desnudaba una vez por día.

Y los lunes, fiesta.

Ese día no se bajaba las bragas ni por todo el oro del mundo.

Bueno, es un decir, claro.

Por una suma importante, Teresa no tendría inconveniente en abrirse de piernas un lunes.

Pero tenía que ser realmente importante, desde luego; de lo contrario, nada.

Los lunes eran poco menos que sagrados para ella, y nevaba mucho tiempo respetando esa norma.

Y, aquel lunes, también la iba a respetar.

Porque era lunes, sí.

Un hermoso lunes de primavera, radiante de luz y de sol, aunque éste no tardaría mucho en ocultarse por el horizonte.

Teresa Palmer hacía tan sólo unos minutos que había salido de su redonda bañera, y ahora se estaba maquillando el rostro, sentada frente al tocador de su dormitorio.

Los lunes, Teresa solía cenar en un popular restaurante chino, y aquél no iba a ser la excepción.

A Teresa le encantaba la comida china.

Los chinos, en cambio...

No se había acostado con ninguno, y eso que había tenido bastantes proposiciones de varones orientales.

Pero Teresa Palmer, como ya ha quedado dicho, sólo se iba a la cama con los hombres que eran de su agrado, y los chinos no le gustaban.

Al verlos tan amarillos, se imaginaba que todos padecían del hígado, y como lo primero que ella exigía de sus clientes era que tuviesen un aspecto sano y saludable...

Sí, Teresa se fijaba mucho en el físico de los hombres que le proponían ir a la cama.

En una ocasión rechazó a uno porque el individuo tenía una pierna más corta que la otra, y no tuvo reparo en decírselo a él.

«Eh, preciosa, que yo no suelo hacer el amor con la pierna corta ni con la larga, sino con lo que tengo entre ellas», le respondió el tipo, lógicamente molesto.

Pero Teresa se mantuvo en sus trece, y no vendió su cuerpo al cojo.

Tampoco quiso hacer el amor con un sujeto que tenía un ojo de cristal, por temor a que se le cayese en pleno acto y le diese el susto padre.

El tipo le aseguró que eso no sucedería, pero Teresa no estaba tan segura, y dijo que nones.

Otro cliente fue rechazado porque tenía un tic nervioso en el rostro, y Teresa pensó que a lo mejor también lo tenía en otro sitio mucho más íntimo, y sería todo un problema a la hora de...

Teresa no quiso correr el riesgo, y mandó al tipo con el tic a otra parte.

Por todo ello, a Teresa Palmer empezaba a conocérsela como Teresa la Exigente.

Ella lo sabía, pero no le importaba. Más bien le alegraba, porque se decía que eso le daba categoría.

Y era cierto.

No todas las prostitutas pueden permitirse el lujo de elegir sus clientes.

Teresa acabó de maquillarse y se levantó.

Sobre la cama ya tenía dispuesto todo lo que iba a ponerse para salir.

Muy poco, ésa es la verdad, pues bajo el llamativo vestido de noche, abierto por los lados y con un escote impresionante, sólo pensaba llevar una minúscula braguita negra, de fino encaje.

Ni siquiera iba a ponerse medias.

Sus piernas estaban maravillosamente bronceadas por el sol de las playas californianas, y le complacía exhibirlas al natural.

Teresa soltó el cinturón de su bata, para despojarse de ella, cuando el timbre de su apartamento se puso a sonar.

No tuvo más remedio que atárselo de nuevo, porque bajo la bata no llevaba nada, sólo su cuerpo serrano, y no podía abrir la puerta con sus más íntimos encantos al descubierto.

Ella no enseñaba esas cosas gratis.

Teresa salió de su dormitorio y caminó hacia la puerta de su apartamento, dispuesta a mandar a la porra al cliente.

Porque Teresa estaba segura de que se trataba de un cliente.

Algún despistado, que no sabía que era lunes.

Ella se lo recordaría.

Teresa abrió la puerta.

En efecto, era un cliente.

Pero Teresa ya no estaba tan segura de que desease mandarlo a la porra.

¿Por qué?

Pues, sencillamente, porque ante sus ojos tenía al hombre más atlético, más

apuesto y más elegante que había visto en toda su vida.

Y cuidado que ella había conocido hombres.

—¿Teresa Palmer...? —preguntó el guapetón, con una suave sonrisa.

La prostituta, deslumbrada por los muchos atractivos del tipo, asintió levemente con la cabeza.

—Yo soy.

—Me llamo Tony Darrow —se presentó el distinguido sujeto, ofreciendo su mano a la profesional del amor.

Teresa se la estrechó, sintiendo un agradable cosquilleo por todo el cuerpo cuando la mano masculina, ancha y fuerte, pero suave, oprimió la suya, y en seguida se preguntó qué sentiría si le oprimiese otras cosas.

Sólo de pensarlo, el cosquilleo se acentuó.

—¿Qué es lo que quiere, señor Darrow? —preguntó, retirando su mano, porque se estaba poniendo demasiado nerviosa.

—Tony, por favor —rogó él, sonriendo con más amplitud.

—¿Qué es lo que quiere, Tony?

—Pasar un rato con usted. Teresa.

—¿No sabe que hoy es lunes?

—¿Tiene eso algo que ver? —preguntó Darrow, desconcertado.

—Yo no trabajo los lunes, Tony. Es mi día de descanso —explicó Teresa.

—Oh, cuánto lo siento... El amigo que me habló de usted no me dijo que los lunes no...

—Yo también lo siento, Tony. Me hubiera gustado mucho complacerle.

—¿No podría hacer una excepción conmigo, Teresa?

—No las hago con nadie.

—Entiendo.

—¿No puede usted volver mañana, Tony?

—Sí, claro. Pero, después de verla, la espera se me va a hacer muy larga...

—¿Por qué?

—El amigo del que le hablé me dijo que era usted una chica preciosa, pero yo no creí que lo fuera tanto —confesó Tony Darrow, dando un fugaz repaso a la prodigiosa anatomía de la profesional del placer, que la ligera bata señalaba con descaro.

Teresa Palmer sonrió, profundamente halagada.

—Es usted muy amable, Tony.

—Muy desafortunado, eso es lo que soy —suspiró él.

—¿Porque no puedo complacerle hoy?

—Claro.

—Bueno, tal vez pueda arreglarse.

—¿De veras...? —se alegró Darrow.

—Pero no se lo diga usted a nadie, ¿eh?

—¡Mi boca será una tumba, Teresa!

La prostituta rió.

—Ande, pase usted.

—Un millón de gracias, Teresa.

Tony Darrow penetró en el apartamento de Teresa Palmer, cuya puerta cerró la profesional del sexo.

—¿Le apetece una copa antes de...? —sugirió ella. Darrow la miró fijamente.

—Sólo me apeteces tú, Teresa.

—Entonces, ven —sonrió la prostituta, cogiéndolo de la mano y llevándolo hacia su dormitorio.

Entraron en él.

Al descubrir el vestido de noche sobre la cama, y la sucinta prenda íntima. Darrow preguntó:

—¿Ibas a salir, Teresa?

—Sí —respondió ella.

—¿A cenar?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí.

—Tengo una idea.

—¿Qué idea?

—Cenaremos juntos.

—¿Tú y yo?

—Sí. ¿Querrás?

—¿No te importa que te vean con una prostituta?

—Me verán con una mujer hermosa, y los hombres me envidiarán.

—Soy muy conocida en San Francisco, Tony.

—No me importa.

—En ese caso, acepto tu invitación.

—Magnífico.

Teresa retiró el vestido y la braguita de encaje de la cama, dejando ambas cosas sobre un sillón. Después retiró el cubre y la sábana de arriba, cuidadosamente.

—Todo listo, Tony. ¿Me quito ya la bata? —se llevó las manos al cinturón.

—¿Me dejas que te la quite yo? —rogó él.

—Claro.

Darrow se acercó a ella y le desató el cinturón.

La bata se entreabrió, dejando visible el canal del pecho y buena parte de los senos, el delicioso ombliguito, el oscuro y abundante vello del pubis...

Darrow abrió la bata de par en par, con lentitud, y la hizo caer blandamente al suelo.

Teresa quedó desnuda ante él.

Darrow contempló el seductor cuerpo de la prostituta, de carnes prietas y piel tersa, pechos levantados y turgentes, rotundas caderas, vientre acogedor, tentadores muslos...

Teresa Palmer sabía cuidarse, no cabía duda.

Darrow comenzó a acariciarla con suavidad.

Las hábiles manos de la profesional también entraron en acción, y Tony Darrow no tardó en hallarse tan desnudo como ella.

Ya estaban los dos sobre la cama, excitándose mutuamente.

Instantes después, la íntima unión de sus cuerpos tenía lugar, y Teresa Palmer gozó como nunca, porque Tony Darrow, que ya la había hecho gemir y suspirar con sus expertas caricias, la poseyó con energía y supo prolongar el momento final de forma admirable, haciéndola gritar de placer.

Más tarde, tranquilos y relajados los dos, la prostituta confesaba:

—Nadie me había hecho el amor como tú, Tony.

—Es para mí un orgullo oírte decir eso, Teresa.

—¿Lo repetiremos, después de cenar?

—¿Me costará cien dólares más, o me harás algún descuento por haberte invitado a cenar?

—No te costará nada.

—¿De veras?

—Con los cien dólares que me darás por haberte complacido ahora, tendrás derecho a poseerme otra vez esta noche si lo deseas.

—¿En tu apartamento o en mi casa?

—¿Quieres llevarme a tu casa?

—Me encantaría. Si tú no tienes inconveniente, claro.

—¿Por qué iba a tenerlo?

—No lo sé.

—Ese es mi deseo.

—¿Pasaremos toda la noche juntos, Tony?

—¿Hasta por la mañana?

—Hasta el mediodía, si quieres.

—¡Qué maravilla, Tony! —exclamó ella, abrazándose a él.

—Te pagaré lo que me pidas por ello, Teresa.

—Oh, no lo estropees, Tony. Si fuera por dinero, no te habría permitido entrar en mi apartamento, siendo lunes. Ya te expliqué que los lunes no trabajo. Accedí a complacerte porque eres un tipo muy atractivo, y deseaba gozar de ti tanto como tú de mí. Por eso, porque me gustas muchísimo, pasaré la noche en tu casa y haremos el amor todas las veces que quieras, sin que te cueste un centavo más. Será mucho más bonito así.

—Desde luego.

—Vamos, no perdamos más tiempo —dijo Teresa, saltando de la cama.

Darrow se levantó también, y empezaron los dos a vestirse.

Pocos minutos después, abandonaban el apartamento.

Frente a ése se hallaba estacionado el coche de Tony Darrow, un Mercury verde.

Subieron los dos a él.

Darrow lo puso en marcha.

—¿Te gusta la comida china, Teresa?

—¡Con locura! —Respondió la prostituta—. ¿Y a ti...?

—También. Comerla... y prepararla.

Teresa agrandó los ojos.

—¿Sabes preparar comida china, Tony...?

—Oh, sí. Y me sale deliciosa, te lo aseguro. ¿Te gustaría comprobarlo?

—¡Me encantaría!

—Entonces, cenaremos en mi casa.

—¡Estupendo!

Algunos minutos después, Darrow sacaba el coche de la ciudad y tomaba una carretera solitaria.

—¿Dónde vives, Tony? —preguntó Teresa.

—Mi casa se levanta a irnos quince kilómetros de San Francisco. No es una gran casa, te lo advierto.

—Estoy segura de que me gustará.

—La construyó mi bisabuelo, nada menos, y desde entonces no ha sido reformada. El día menos pensado la vendo y me compro un pequeño apartamento en la ciudad.

—Si fuera mía, no la vendería.

—Espera a conocerla, y verás.

Poco tiempo después, Tony Darrow detenía su Mercury frente a una casa grande y antigua, bastante deteriorada.

—Bien, Teresa. ¿Qué opinas ahora?

—Tenías razón. Tony. Es un caserón feo y lúgubre. No sé cómo un tipo tan elegante como tú puede vivir en un lugar como éste. Yo, desde luego, no viviría —aseguró la prostituta, visiblemente impresionada por el tétrico aspecto de la casa.

—Sabía que no te gustaría. Anda, vamos.

Tony Darrow salió del coche, pero Teresa Palmer no se movió del asiento.

—¿Te ocurre algo, Teresa? —preguntó él, asomando la cabeza por la ventanilla de su lado.

—Quiero volver a la ciudad, Tony —respondió quedamente ella.

—¿Volver...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me asusta tu casa.

—Te aseguro que no hay vampiros —sonrió Darrow.

—Regresemos, por favor. Cenaremos en un restaurante chino y luego volveremos a mi apartamento. Pasaremos la noche allí.

—Como quieras, Teresa —accedió Darrow, y subió de nuevo al coche.

Dio la impresión de que iba a ponerlo en marcha, pero lo que realmente hizo fue asestarle un seco puñetazo a la prostituta en el mentón.

Teresa Palmer emitió un gemido y se derrumbó sobre el asiento, sin sentido.

CAPITULO II

Rod Banks, veintiocho años, de fuerte complexión, cabello oscuro y rostro viril, dejó su copa sobre la mesa del living y se levantó del sofá.

Habían llamado a la puerta de su apartamento.

Rod, que vestía pantalón blanco y una llamativa camisa de manga corta, y calzaba mocasines marrones, acudió a abrir.

Al tirar de la puerta se encontró con una preciosa morenita de estilizada figura y no más de veintiún años de edad, que lucía un bonito vestido azul turquesa, de finos tirantes y escote ligeramente atrevido.

—¿Rod Banks...? —preguntó la monada, con voz angelical.

—El mismo, muñeca —respondió Rod, abarcando su cintura de avispa y atrayéndola hacia sí.

Antes de que la chica pudiese hacer nada por impedirlo, Rod Banks la estaba besando en los labios, llenitos y brillantes, la mar de apetecibles.

El beso duró casi dos minutos, durante los cuales la muchacha morena permaneció como anestesiada entre los vigorosos brazos masculinos, que la estrechaban con calor.

Por fin, Rod Banks separó su boca de la de ella y, con una ligera sonrisa, preguntó:

—¿Te gusta mi forma de besar, Olga?

La joven, que parecía bastante desconcertada, asintió:

—Sí, me gusta cómo besa usted, señor Banks. Pero yo no me llamo Olga...

—¿Qué?

—Mi nombre es Stefanie; Stefanie Darrow.

Rod la soltó inmediatamente.

—¿De veras no es usted Olga, la chica que va a pasar la noche conmigo...?

—No, señor Banks; lo siento.

—Vaya planchazo —rezongó Rod.

—Olga no tardará en llegar, no se preocupe.

—¿La conoce usted?

—¿A quién?

—A Olga.

—Yo qué voy a conocer.

—¿Cómo sabe, entonces, que no tardará en llegar?

—¿No dijo usted que esa Olga va a pasar la noche en su compañía?

—Eso me aseguraron.

—¿Quién?

—Un tipo que aún me debe los honorarios de cierta investigación que realicé para él. Anda escaso de fondos, y me propuso esta forma de pago: enviarme a una amiga suya que, según él, es un verdadero bombón, y muy experta en la cama. Sólo sé que se llama Olga.

—Y creyó que era yo.

—Sí, porque usted también es un bombón.

—Pero no tengo ninguna experiencia en la cama, le defraudaría —sonrió irónicamente la joven.

Rod tosió.

—Le ruego que me disculpe, Stefanie.

—¿Por qué?

—Por haberla besado.

—Me gustó, ya se lo dije.

—¿No está enfadada conmigo?

—¿Por qué iba a estarlo? Todos nos confundimos alguna vez.

—Gracias por ser tan comprensiva, Stefanie.

—¿Puede atenderme, señor Banks, o prefiere que vuelva mañana?

—Oh, no, nada de volver. Pase usted, Stefanie.

—¿Y si llega Olga...?

—Que espere. El trabajo es antes que el placer. Al menos, para mí.

—Gracias, señor Banks. Procuraré ser breve.

—Adelante, Stefanie.

La muchacha entró en el apartamento.

Rod cerró la puerta y la tomó familiarmente del brazo.

—Por aquí, Stefanie.

La joven se dejó conducir hasta el living.

—Siéntese en el sofá —indicó Rod.

—Gracias.

—¿Qué prefiere beber, Stefanie?

—Nada, no se moleste.

—Yo estaba tomando ginebra con hielo. ¿Le gusta la ginebra?

—Sí, pero...

—Ginebra con hielo para la señorita, pues.

—De acuerdo —aceptó Stefanie Darrow, con una encantadora sonrisa.

Rod Banks le preparó la bebida y se la ofreció.

Ella tomó la copa con su manita, de cuidadas uñas.

—Gracias, señor Banks.

—No hay de qué, Stefanie —sonrió Rod, sentándose a su lado.

La muchacha tomó un sorbito de ginebra.

—¿En qué puedo servirla, Stefanie? —preguntó Rod, cogiendo su copa y acercándosela a los labios.

—Se trata de mi hermano. Se llama Tony. Le mostraré su fotografía.

Stefanie Darrow dejó su copa sobre la mesa y abrió su bolso, del cual extrajo la foto de su hermano.

Rod examinó la fotografía.

—Caramba, su hermano es un tipo muy apuesto... —comentó—. ¿Cuántos años tiene?

—Veintisiete.

—Las mujeres se lo rifarán.

—Tiene donde escoger, sí —sonrió ligeramente la joven.

—¿Qué le pasa a Tony, Stefanie? ¿Ha desaparecido, tal vez?

—No, no es eso.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—Ha cambiado mucho. Tanto, que no parece el mismo de antes.

—Explíquese mejor, Stefanie.

La muchacha se retorció nerviosamente los dedos.

—No es fácil, señor Banks. Lo que le ocurre a mi hermano es muy extraño. Ha perdido buena parte de su memoria, no recuerda muchas de las cosas que pasaron hace tiempo. Según él, eso es debido al terrible golpe que sufrió en la cabeza, en su último viaje a Los Angeles. Tuvo un accidente con el coche. Pudo haber sido mortal, pero se salvó milagrosamente. Estuvo internado casi un mes en una clínica de Los Angeles.

—¿Fue después del accidente, cuando empezó a cambiar su carácter?

—Efectivamente —asintió Stefanie.

—Lo de la pérdida de memoria puede ser a causa del golpe que se dio en la cabeza, desde luego.

—Sí, pero lo otro...

—¿A qué se refiere, exactamente?

Stefanie Darrow bajó la cabeza y se mordió los labios.

—Ya no me trata como se debe tratar a una hermana, señor Banks.

—¿Qué quiere decir?

—Tony no me respeta.

—¿Ha intentado...?

—Sí, varias veces.

—Cuénteme, Stefanie.

—A su regreso de Los Angeles, vino a verme. Fue entonces cuando me enteré de que había sufrido un grave accidente, porque yo no sabía nada. Le recriminé por no haberme avisado, pero él dijo que no me lo comunicó porque no quería alarmarme. Yo le abracé y le besé. En los labios, como de costumbre. Los suyos reaccionaron de una forma muy rara. Me pareció que había pasión y deseo en ellos. Tampoco sus brazos me estrecharon con normalidad. Y sus manos...

—Siga, por favor —rogó Rod, al ver que la muchacha se interrumpía.

—Una de ellas descendió hasta mi trasero y apretó mis nalgas, mientras la otra se deslizaba hacia mis senos, oprimiéndome los dos.

—¿Cómo reaccionó usted?

—Me hallaba tan perpleja, que no dije ni hice nada. Me decía a mí misma que no podía haber mala intención en el beso y las caricias de Tony, pero, en el fondo, sabía que sí la había. Me separé de él y volvimos a hablar de su accidente, como si no hubiera sucedido nada anormal. Luego Tony se marchó. Dos días después, volvió por mi apartamento, con varios regalos para mí.

—¿Qué clase de regalos?

—Bombones, un frasco de perfume, un par de medias de nilón, y...

—¿Y...?

Stefanie Darrow se mordió los labios de nuevo.

—Un insinuante camisón de tul, negro, cortísimo, que iba acompañado de un breve pantaloncito, apenas un triángulo del mismo tejido.

—Continúe, Stefanie.

—Me pidió que me lo probara, para ver qué tal me sentaba. Yo me negué, naturalmente, porque no quería presentarme así, prácticamente desnuda, ante él. Y menos, después de como se había comportado Tony dos días antes.

—¿Insistió él?

—Sí, pero yo no accedí. Entonces, me abrazó y me besó. Como la otra vez. Y se mostró más audaz aún, pues me levantó la falda y acarició mis muslos. Me separé bruscamente de él, cuando ya sus dedos se introducían por debajo de mi slip, buscando mi intimidad. Roja de vergüenza y de indignación, le pregunté qué significaba aquello. ¿Y sabe qué me respondió?

—¿Qué?

—Que yo le gustaba más que ninguna otra chica de las muchas que conocía, y que deseaba hacer el amor conmigo.

—Increíble.

—Le llamé cerdo y lo eché de casa a empujones, sin poder contener las lágrimas. Lloré mucho tiempo. Y pensé. Durante horas. Finalmente, llegué a una conclusión. Una conclusión bastante absurda, lo reconozco, pero me pareció, y me sigue pareciendo, la única posible.

—¿Qué conclusión es ésa, Stefanie?

La joven miró a Rod Banks, sus bonitos ojos castaños casi en llanto.

—A mi hermano le han hecho algo en el cerebro, señor Banks. Le han sometido a un tratamiento, tal vez una operación quirúrgica que ha cambiado totalmente su personalidad. Se sigue llamando Tony Darrow, pero ya no es Tony Darrow. Es... otro hombre.

Hubo un silencio.

Rod Banks lo rompió, comentando;

—Lo que dice es terrible, Stefanie.

—Lo sé.

—¿Por qué iba a hacer nadie una cosa así con su hermano?

—Eso es lo que quiero que usted averigüe, señor Banks.

—Tal vez no haya nada que averiguar, Stefanie, y todo se deba al fuerte golpe que recibió su hermano en la cabeza.

—Tengo la corazonada de que no sufrió ningún golpe, señor Banks. Que no hubo accidente de coche. Que no hubo viaje a Los Angeles. Tony pudo haber sido atrapado aquí, en San Francisco, y sometido a esa monstruosa operación quirúrgica, que le ha convertido en un hombre distinto. Tan distinto, que quiere acostarse con su hermana.

Stefanie Darrow no pudo contener por más tiempo las lágrimas y rompió en amargos sollozos, cubriéndose el rostro con las manos.

Rod Banks le pasó el brazo por los hombros, tiernamente, y la obligó a

descansar la cabeza contra su pecho.

—No llore, Stefanie.

—Lo siento, no puedo evitarlo.

—Averiguaré lo que le pasa a su hermano, se prometo.

—Se lo agradeceré eternamente.

Rod se metió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo su pañuelo.

—Tenga, seque esas lágrimas.

Stefanie Darrow levantó la cabeza y tomó el pañuelo que le ofrecía el investigador privado. Secó sus ojos y sus mejillas con él, y se lo devolvió.

—Gracias, señor Banks.

Rod iba a decir algo, pero en aquel momento sonó el timbre.

Stefanie lo miró.

—Ahí tiene a Olga, señor Banks.

Rod carraspeó.

—Iré a ver —dijo, poniéndose en pie.

—Iremos los dos —repuso la joven, levantándose también.

—¿Se marcha usted, Stefanie?

—Claro. Aquí estoy de más.

—Tenemos que seguir hablando de su hermano.

—¿En presencia de Olga?

—Le diré que espere en mi dormitorio.

—Eso no le sentaría bien a la chica.

—Pero...

—Seguiremos hablando mañana, señor Banks.

—¿Dónde vive usted, Stefanie?

—1220 de Rosedale Street; apartamento 12-B.

—A las nueve en punto estaré allí.

—Ya me habré marchado.

—¿Tan pronto...?

—Trabajo en una tienda de calzado, y abrimos a las nueve.

—Oh, entiendo... ¿Y a qué hora sale?

—A las cinco y media. Pero de una a dos salgo para comer.

—Pasaré a recogerla a la una y almorzaremos juntos. ¿Le parece bien?

—Sí.

—¿Dónde está esa tienda?

Stefanie se lo dijo.

Luego caminaron los dos hacia la puerta.

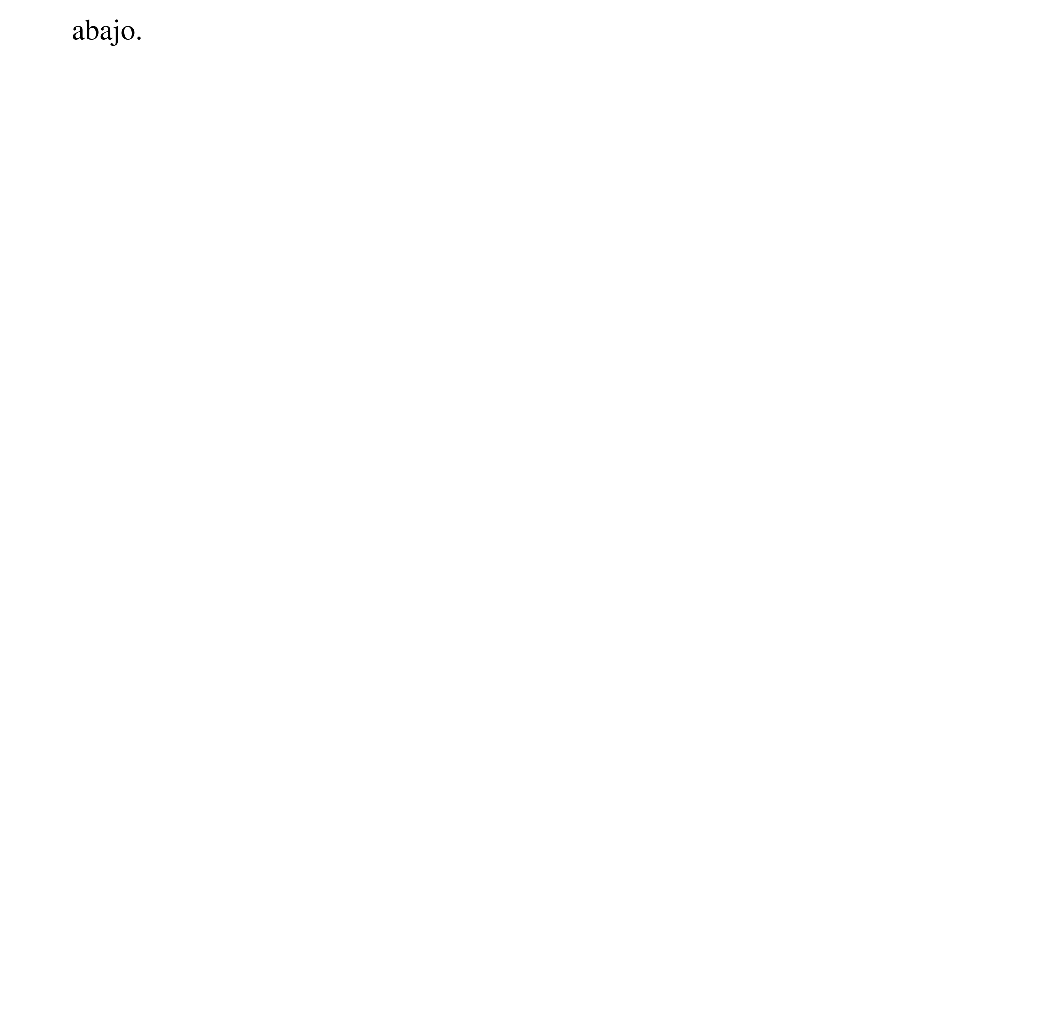
Rod abrió.

La chica que aguardaba fuera, una rubia de señaladas curvas y rostro muy sexy y malicioso, dejó oír inmediatamente su sensual voz:

—Buenas. Me llamo Olga, y vengo a...

—Sabemos a lo que vienes, mona, no es necesario que lo digas —la interrumpió Stefanie Darrow—. Que se divierta, Rod —le dijo al investigador, y salió del apartamento, perdiéndose rápidamente escaleras

abajo.



CAPITULO III

Teresa Palmer tardó casi media hora en recobrar el conocimiento, porque el puñetazo que le propinó Tony Darrow no fue ninguna tontería.

De ahí que no le doliera sólo la mandíbula, que fue donde percutieron los nudillos del apuesto y atlético Tony, sino toda la cabeza.

Pero la prostituta se olvidó muy pronto de su dolor de testa, porque se quedó helada de horror apenas despegar los párpados.

Y ciertamente, no era para menos.

Se encontraba tirada en el piso de una gran jaula de gruesos barrotes de hierro, sobre la sucia y húmeda paja que lo cubría.

Encerrada como un animal.

Pero lo que realmente horrorizó a la profesional del amor fue el gorila que se hallaba encerrado en otra jaula idéntica, que se comunicaba con la suya por medio de una puerta.

Una puerta que, afortunadamente, estaba cerrada.

Pero ¿por cuánto tiempo lo estaría?

El gorila, enorme, tenía sus manazas aferradas a ella y pugnaba por abrirla, dando unos rugidos que ponían los pelos de punta.

Teresa Palmer, que se hallaba en el mismo centro de la jaula que la tenía presa, retrocedió, aterrada, alejándose todo lo que pudo del monstruoso gorila.

Cuando su cuerpo topó contra los barrotes, la prostituta miró tras de sí, como intuyendo que al otro lado de los mismos había alguien.

Y, en efecto, lo había.

Era Tony Darrow.

Un Tony Darrow sonriente.

Alegre.

Divertido.

—Tony... —pronunció Teresa, con un hilo de voz.

—Hola, preciosa —repuso él.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué me golpeaste? ¿Por qué me has encerrado en esta sucia jaula? ¿Qué piensas hacer conmigo?

—Si preguntas tantas cosas a la vez, no podré responderte a ninguna.

—Tony...

—Te di un puñetazo en la barbilla porque tú querías volver a la ciudad, y yo quería que entraras en la casa. Traerte a este sótano, más concretamente, para que conocieras a Max.

—¿Quién es Max?

—El gorila.

Teresa Palmer miró al horrible cuadrumano, que seguía rugiendo y pugnando por abrir la puerta.

—Es espantoso... —musitó, estremecida de horror.

—Físicamente, sí. Pero es tan inteligente como un hombre. ¿Y sabes por

qué? Porque tiene el cerebro de un hombre —reveló Tony Darrow.

A la prostituta se le abrió la boca.

—¿Que tiene qué...? —balbució.

—Él cerebro de un hombre. De un hombre del que mucha gente se reía y se mofaba, porque era pequeño, muy pequeño... Un pobre enano.

—¿Enano...? —respingó Teresa.

—Sí. Se llamaba Max Kirby.

Una oleada de frío estremeció el cuerpo de Teresa Palmer.

—Max Kirby... —repitió, sin apenas voz.

—Lo recuerdas, ¿verdad? Acudió a ti muchas veces, suplicándote que pasaras un rato con él. Tenía dinero para pagarte. Un dinero tan bueno como el de los demás hombres a los que tú vendes tu hermoso cuerpo. Pero tú siempre lo rechazaste, porque era un ridículo enano. Incluso te burlaste de él, diciéndole que tú no hacías el amor con niños. Max, herido en lo más profundo, replicó que él era tan hombre como el que más, y te pidió de nuevo la oportunidad de demostrártelo. Pero tú seguiste con tus burlas, y le aconsejaste que buscara una mujer de su talla, porque tú no podías sentir ningún placer al ser penetrada por un miembro tan insignificante como el de él.

Teresa Palmer, pálida como un cadáver, no negó nada, porque todo era cierto.

Tony Darrow prosiguió:

—Max Kirby, cansado ya de tanta burla y de tanto desprecio, decidió quitarse la vida. Y lo hubiera hecho, de no haber conocido por casualidad al profesor Odell, Terence Odell, el dueño de este antiguo caserón, un científico tan inteligente como chiflado. El profesor Odell propuso a Max algo que, en principio, parecía imposible: extraer su cerebro y colocarlo en la cabeza de un gorila, gigantesco y poderoso, que recientemente le habían traído de África. Y Max aceptó. Le encantaba la idea de tener un cuerpo tan enorme y tan vigoroso. Sobre todo, porque así podría vengarse de las personas que se habían mofado de él por ser un insignificante enano, aterrorizándolas con el corpachón del gorila.

Teresa Palmer empezó a temblar como un flan, porque adivinaba lo que le esperaba.

Darrow continuó:

—La operación fue un éxito completo, y Max Kirby vive en el cuerpo del gorila. No puede hablar, pero conoce otras maneras de expresarse, y yo le entiendo perfectamente. Éramos buenos amigos, antes de que el profesor Odell realizara el asombroso trasplante, y Max siempre me tuvo al corriente de todo. Max, después de la operación, me hizo saber que tú eras la primera persona de la que deseaba vengarse, y yo me apresuré a traerte aquí, engañada. Lo que Max haga contigo, no me importa. Te lo mereces, por cruel que sea.

Teresa Palmer vio que Tony Darrow se dirigía hacia el grueso candado que

cerraba la puerta que comunicaba ambas jaulas, en el cual introdujo una llave que tomó de la pared.

—¡No, Tony! —chilló la prostituta, sintiéndose desfallecer de pánico.

Darrow la miró, antes de hacer girar la llave.

—¿Decías, preciosa...? —sonrió cínicamente.

—¡No abras esa puerta, te lo suplico! ¡Max me destrozará!

—Lo siento, no puedo complacerte.

Darrow abrió el candado y lo quitó.

El gorila abrió la puerta de golpe y penetró en la jaula de Teresa Palmer, dando un rugido de alegría.

La profesional del placer chilló, presa del más puro terror.

El gorila se detuvo muy cerca de ella y la miró fijamente con sus brillantes ojos.

De pronto, su zarpa derecha se disparó y agarró el vestido femenino, por el exagerado escote, destrozándolo de arriba abajo.

Teresa Palmer quedó prácticamente desnuda frente al gorila, que un par de segundos después le arrancaba el breve pantaloncito de encaje.

La prostituta, que no dejaba de chillar histéricamente, se dio cuenta de qué la contemplación de su cuerpo desnudo excitaba la virilidad del gorila, y su horror fue aún mayor, pues adivinaba lo que iba a ocurrir.

Y ocurrió.

El gigantesco gorila se echó sobre ella, le separó las piernas, y la poseyó, del modo más salvaje, más brutal y más doloroso que pueda imaginarse.

Teresa Palmer lanzó un alarido desgarrador.

Por fortuna, dentro de su desgracia, la prostituta se desmayó, evitándose el espantoso sufrimiento que le hubieran causado, de hallarse consciente, los furiosos embates del cuadrumano.

Tony Darrow, impasible, contempló cómo el gorila violaba a la infortunada Teresa Palmer, hasta que éste satisfizo cumplidamente su deseo y salió de la ensangrentada intimidad de la prostituta.

Lo que siguió después ya no tuvo estómago para presenciarlo, y abandonó rápidamente el sótano cuando el gorila empezó a ensañarse cruelmente con el cuerpo desnudo e inanimado de Teresa Palmer.

CAPITULO IV

Stefanie Darrow llevaba unos veinte minutos en casa, cuando el timbre de su apartamento se dejó oír.

Se asustó, porque no esperaba a nadie, y temía que pudiera tratarse de Tony, su hermano, al que no había vuelto a ver desde la noche que lo echara de su apartamento por propasarse descaradamente con ella y proponerle una unión sexual.

Stefanie no se decidía a abrir.

El timbre volvió a sonar.

Con más insistencia que antes.

La joven llenó sus pulmones de aire, como para darse valor, y caminó hacia la puerta.

Apenas llegar a casa, se había despojado del vestido y había puesto la bata sobre sus dos prendas más íntimas, y así acudió a abrir.

La cadena de seguridad estaba pasada.

Stefanie abrió la puerta, sin soltar la cadena, y asomó la cabeza por el hueco. Se llenó de sorpresa al descubrir que se trataba de Rod Banks, el investigador privado al que ella había recurrido para que averiguara lo que le sucedía a su hermano.

—Señor Banks... —musitó.

—Hola, Stefanie —le sonrió él.

—¿Qué diablos hace usted aquí?

—Tenemos que seguir hablando de Tony.

—¿Y qué ha hecho con Olga...?

—Nada, todavía.

—¿La dejó en su apartamento?

—Oh, eso no está bien.

—¿Por qué?

—Se aburrirá como una ostra, la pobre.

—Le puse la televisión.

—Ella no fue a su casa a ver televisión, fue a verle a usted.

—Ya me verá cuando vuelva.

—A lo mejor se harta y se larga.

—Ella se lo perdería.

—No sea vanidoso.

—Sólo era una broma.

—Ande, vuelva con Olga. Sé que está deseando tenerla en sus brazos.

—Menos de lo que se imagina.

—No me diga que no le gusta la chica, porque no me lo creo.

—Me gusta, pero no demasiado. Y la culpa la tiene usted, Stefanie.

—¿Yo...? ¿Por qué?

—Por llegar unos minutos antes que ella.

—No entiendo.
—¿Ha olvidado que yo creí que usted era Olga?
—¿Está tratando de decirme que yo le gusto más que Olga?
—Muchísimo más.
—Oh, entonces ha venido por eso.
—¿Por qué?
—Para ver si me conquista, y se acuesta conmigo en vez de con Olga.
—No diga tonterías.
—¿De veras le parece una tontería acostarse conmigo?
—Desde luego que no. Pero sí decir que he venido con esa intención.
—¿Qué quiere que píense, después de oírle confesar que yo le gusto muchísimo más que Olga?
—Nada, no quiero que piense nada.
—Pues no puedo evitarlo, mire.
—Entonces, será mejor que me largue.
—Oiga, que yo no le he echado.
—Pero tampoco me deja entrar.
—Es que voy en bata
—Y teme que yo se la quite.
—Yo no he dicho eso.
—Pero lo piensa.
—Si lo pensara, lo diría, porque yo soy muy sincera.
—Bueno, ¿me deja entrar o no?
Stefanie Darrow desenganchó la cadena y abrió la puerta de par en par.
—Pase.
Rod juntó las muñecas y extendió los brazos.
—¿No quiere atarme las manos, para mayor seguridad?
—Déjese de ironías.
Rod entró en el apartamento.
Stefanie, después de cerrar la puerta, dijo:
—Sentémonos en el diván.
—Donde usted quiera.
—¿Le sirvo algo de beber?
—Gracias, no tengo sed.
—Tampoco la tenía yo en su casa, y usted me obligó a beber ginebra con hielo.
—Tanto como obligar... Sólo trataba de ser amable.
—Lo mismo le digo.
—Está bien, póngame dos dedos de whisky.
—¿Solo?
—Con un poco de soda.
—Lo siento, se me ha acabado la soda.
—Eche unos cubitos de hielo, pues.
—Tampoco tengo, el frigorífico está averiado.

—Agua, entonces.
—La han cortado.
Rod reprimió a duras penas un taco.
—¿Por qué diablos me preguntó si quería el whisky solo, si no puedo tomarlo con nada?
—Lo siento, no caí.
—Porque no tropezó.
—¿Cómo?
—Olvídelo —mascculló Rod, dando un manotazo al aire.
—¿Se lo sirvo seco?
—Qué remedio.
Stefanie fue hacia el mueble bar.
Después de trastear entre las botellas que había dentro, se volvió hacia el investigador privado, con cara de circunstancias.
—Señor Banks...
—No me diga más. Se le ha acabado el whisky.
—¿Cómo lo adivinó?
—Que cómo lo adiviné, dice... —rezongó Rod, apretándose los puños.
—¿No le da igual beber otra cosa? ...
—Primero dígame lo que tiene, porque mis nervios ya están de punta.
—Menos whisky, de todo.
—¿Seguro?
—Le doy mi palabra.
—De acuerdo, póngame brandy.
—¿Francés o español?
—Lo dejo a su gusto.
—Entonces, español, porque Napoleón Bonaparte siempre me cayó gordo.
—Pues era un gran hombre.
—A mí me gusta más Julio Iglesias.
—¿El cantante...?
—Sí.
—Demonio, vaya comparación.
—Es mucho más guapo que Napoleón, y canta divinamente.
Rod sonrió.
—Me rindo, Stefanie.
—¿Cómo dice?
—Quería estar enfadado con usted, pero no es posible.
—¿Por qué?
—Es demasiado encantadora.
—Y usted muy galante, señor Banks.
—¿Por qué no me llama Rod? Es mucho más corto.
—¿No se me pondrá en plan ligón?
—Le repito que he venido a seguir hablando de su hermano, no a conquistarla.

—Voy a creerle, Rod —sonrió Stefanie, caminando hacia él con dos copas de brandy español.

Le ofreció una y se sentó en el diván, a su lado, cuidando de que la bata no se le abriera.

—¿Sabe que me dio usted un buen susto, cuando llamó a la puerta? —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Rod.

—Creí que era Tony.

—¿Ha vuelto por aquí, después de...?

—No, no le he visto desde entonces.

—¿Cuánto hace de eso?

—Cuatro días.

—¿A qué se dedica su hermano, Stefanie?

—Negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—No lo sé, nunca me lo ha dicho. Pero deben de irle muy bien, porque viste con exquisita elegancia y posee un magnífico apartamento.

—¿Dónde?

—En Carrollton Avenue.

—¿Qué número?

—890.

—¿Apartamento?

—26-D.

Rod Banks jugueteó con su copa.

—¿No ha pensado usted, Stefanie, que el tipo que la besó y la acarició tan irrespetuosamente puede estar suplantando a su hermano?

—Sí, claro; fue lo primero que pensé. Pero tuve que descartar esa posibilidad.

—¿Por qué?

—Su talla, sus facciones, el color de sus ojos, sus dientes, el tono de su voz... Es Tony, no hay duda. Además, si fuera un impostor, no se hubiera comportado así conmigo. Cuando una persona suplanta a otra, procura actuar como la auténtica, para no despertar sospechas, y Tony jamás me hubiera besado y acariciado con deseo, de no hallarse totalmente cambiada su personalidad.

—Piense también que, de tratarse realmente de un impostor, puede haberse comportado así para apartarla a usted definitivamente de él. Le conviene que usted lo vea lo menos posible, porque, al ser su hermana, es quien más posibilidades tiene de descubrir que no es el auténtico Tony.

—Caramba, no había caído en eso...

—No es normal que no haya vuelto a verle desde el día que le propuso hacer el amor con él, ¿no le parece? Si es verdad que la deseaba, debió insistir.

—Yo me alegro de que no lo haya hecho. No le hubiera abierto la puerta.

—Si no vuelve, es que es un impostor, y sólo pretendía eso, que usted no

quiera saber nada de él.

—Es posible que tenga razón, Rod, pero yo sigo convencida de que es el auténtico Tony. Físicamente, al menos. Mentalmente, ya es otra cosa. No piensa ni actúa como pensaba y actuaba antes. Es como si le hubiesen lavado el cerebro, y grabado en él unas ideas y unos pensamientos nuevos.

—Mañana por la mañana comenzaré a investigar.

—No hemos hablado de sus honorarios... —observó la joven.

Rod la miró.

—¿Tiene eso alguna importancia para usted, Stefanie?

—Bueno, sé que tiene un cierto prestigio como investigador, y que cobra bastante...

—¿Teme no poder pagarme?

—Si la investigación se prolonga demasiado, es posible que tenga que hacer como el tipo ese que le mandó a Olga.

—¿Y a quién me mandaría usted, Stefanie?

—No tengo ninguna amiga que se preste a eso, tendría que ir yo personalmente.

—La recibiría con los brazos abiertos.

—Ya está rezando para que no pueda pagarle con dinero, ¿eh?

—Lo adivinó.

—Qué malo es usted.

—¿Le importaría darme un beso a cuenta?

—Una bofetada, es lo que le voy a dar.

Rod rió.

—Sólo estaba bromeando, no se enfade —dijo, y se puso en pie.

—¿Se marcha?

—Sí, no quiero entretenerla más.

—Prefiere entretener a Olga.

—Suponiendo que no se haya largado.

—Le estará esperando, no tema. Y puede que en la cama, dispuesta para demostrarle sus habilidades.

—Ya le contaré.

—A mí no tiene que contarme nada.

—Le conviene, dada su falta de experiencia en esas lides.

—Ya la adquiriré con mi marido, cuando me case.

—O conmigo, si no puede pagarme los honorarios.

—Antes me suicido.

—¿Tan feo soy...?

—Feísimo.

—¿De qué tengo cara?

—De saxofón.

—Ya sabe dónde tiene que poner sus labios, si quiere que suene.

—Sobre los suyos.

—Exacto.

—No le caerá esa breva.

—En mi apartamento la besé, y le gustó.

—Me convenía decir que me gustó, que no es lo mismo.

—Embustera.

—Vamos, lárguese ya.

Rod rió alegremente.

—La tendré al corriente de mis investigaciones, Stefanie —dijo, antes de abandonar el apartamento.

—Ya sabe dónde encontrarme —repuso ella, con una sonrisa.

Rod Banks le lanzó un beso al aire y se marchó.

CAPITULO V

Unos minutos antes de las doce de la mañana, Tony Darrow detenía su Mercury frente a un salón de masaje, exclusivamente para hombres.

Eso, al menos, era lo que rezaba el rótulo, pero los clientes habituales sabían que aquello era algo más que un salón de masaje.

Tony Darrow no era un cliente habitual, pero también sabía que en el local trabajaban auténticas profesionales del amor, capacitadas para satisfacer sexualmente al más exigente de los hombres, pues todas ellas eran hembras de categoría.

Tony descendió del coche y entró en el salón, donde pidió un servicio completo.

Era lo que había que pedir para que la empleada que recibía a los clientes entendiese.

Y la chica entendió, claro.

Condujo a Tony a una estancia contigua, cuya puerta cubría una cortina de terciopelo rojo, y lo dejó allí, retirándose con una maliciosa sonrisa en sus carnosos labios.

Tony miró la puerta que había al fondo.

Sabía que por allí aparecerían, de un momento a otro, las chicas que trabajaban en el salón, para que él eligiera la que más le gustase.

Y aparecieron.

Siete, nada menos.

Todas llevaban bata blanca, muy corta y ceñida, para poder exhibir sus formidables piernas y señalar las curvas de sus exuberantes anatomías.

Las hembras desfilaron ante el cliente, todas con mucho aire en los pulmones, y, como el escote de sus batas de masajista era de los exagerados, a más de una estuvieron a punto de salírsele los senos.

Y es que, con clientes como Tony Darrow, daba gusto trabajar.

Las siete estaban deseando ser la elegida, para poder gozar de un tipo tan atlético, tan apuesto y tan bien vestido.

Tony las escrutó a las siete con detenimiento.

No era necesario, porque él, antes de entrar en el salón de masaje, ya sabía cuál tenía que elegir.

La tercera de la derecha.

Se llamaba Eve, como la que mordió la manzana.

Esta Eve, que se apellidaba Jones, tenía cara de morder lo que se le pidiese.

Tony la señaló con el dedo.

—Tú, preciosa.

A Eve Jones, que tenía una hermosa cabellera rubia, le bailaron los senos de alegría, y se apresuró a coger del brazo al atractivo cliente.

—Venga conmigo, señor.

Tony Darrow se dejó conducir por la hembra a una de las habitaciones del

salón, en donde, además de la alargada mesa de masaje, había una sofá convertible.

Fue lo primero que hizo Eva, convertirlo en cama.

Luego se volvió hacia Tony y empezó a desabrocharse la bata, con movimientos lentos, cargados de sensualidad.

—¿Cómo te llamas, encanto? —preguntó Tony, como si no lo supiera, el muy zorro.

—Eve, señor.

—Eres la más deseable de todas, Eve.

—Es usted muy amable, señor.

—Llámame Tony. Y puedes tutearme —autorizó Darrow, contemplando el turbador cuerpo de la hembra, que ya se había despojado de la insinuante bata.

Bajo ella, Eve Jones sólo llevaba una exigua braguita y el liguero que sujetaba sus medias, y que hacía más excitantes sus largas piernas.

Antes de quitarse eso también, Eve se acercó al cliente y procedió a desnudarlo con habilidad.

Tony, mientras tanto, posó sus manos sobre las curvadas caderas de la chica y luego las hizo ascender, hasta alcanzar sus pechos, grandes y duros, que se mantenían descaradamente erguidos. Los oprimió una y otra vez, y acarició sus hermosos pezones con las yemas de los pulgares, obligándolos a levantarse, gozosos.

Cuando Tony estuvo completamente desnudo, Eve acabó de quitarse lo poco que llevaba encima y se abrazó a él, tratando de excitarlo con el roce de su cuerpo, mientras le besaba hábilmente, mordisqueándole los labios y deslizándole la lengua entre ellos.

No tardaron en caer sobre el sofá convertido en cama, y allí se lo acariciaron todo, hasta que Eve Jones, excitada como nunca por las expertas manos de Tony Darrow, pidió a éste que la poseyera, porque ya no podía resistir más.

Tony la complació, y Eve jadeó de gozo con los embates de él, cada vez más vigorosos y profundos, hasta alcanzar el placer supremo, que la agitó convulsivamente bajo el musculoso cuerpo masculino.

Tony se vació dentro de la hembra y luego se retiró, quedando tendido junto a ella.

—¿Has disfrutado, Eve? —preguntó, posando su mano sobre el vientre femenino, que todavía palpitaba.

—Como nunca —confesó ella, apretando suavemente la mano de él—. ¿Y tú, Tony?

—Mucho, también.

—¿Volverás por aquí, entonces?

—Sí, pero tardaré algún tiempo.

—¿Por qué?

—Salgo mañana de viaje, y estaré fuera un mes, por lo menos.

—Qué pena.

Tony deslizó su mano hacia los pechos femeninos y los acarició.

—¿No podríamos vemos esta noche, Eve?

—¿Vemos...?

—Sí, en mi casa.

—Me encantaría, pero...

—Te pagaría bien, Eve.

—No es ése el problema, Tony. Me has hecho gozar tanto, que volvería a hacer el amor contigo gratis.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—Si el dueño del salón se entera, perderé el empleo. Y no es eso lo peor, sino que la pareja de matones que están a su servicio me darían tal paliza que no me reconocería ni mi padre.

—Si hacemos las cosas bien, no se enterará nadie.

—¿Tú crees?

—¿A qué hora terminas, Eve?

—Salgo a las ocho.

—Al final de la calle verás estacionado un Mercury verde. Yo te estaré esperando en él.

Eve Jones vaciló, pero la mano de Tony Darrow la acarició sabiamente, y ya no tuvo fuerzas para negarse.

—De acuerdo. Tony. Pasaremos la noche juntos —respondió, ahogando un gemido de placer.

* * *

A la una en punto, Stefanie Darrow salió de la tienda de calzado donde trabajaba, vistiendo pantalones amarillos y una blusa roja, que la ceñía muy sugestivamente.

Echó a andar por la acera, en dirección al restaurante de la esquina, que era donde solía comer de lunes a viernes.

De pronto, oyó pronunciar su nombre.

—¡Stefanie!

La joven se detuvo y giró la cabeza, descubriendo a Rod Banks, el investigador contratado por ella, que acababa de salir de un Buick azul, vistiendo un traje claro.

—Rod qué sorpresa...

—¿Agradable o desagradable? —preguntó él, aproximándose.

—¿Qué le parece que dice mi cara?

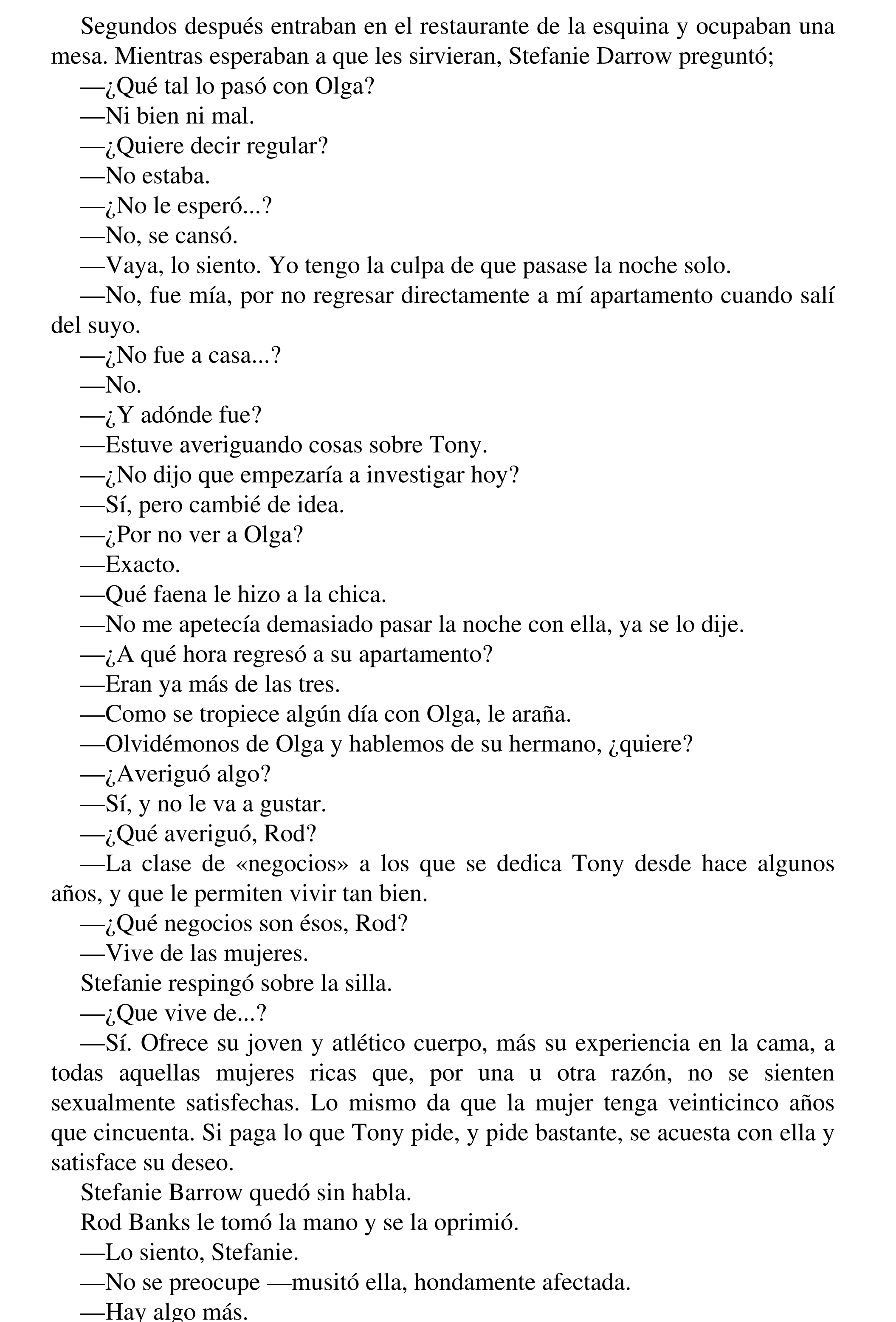
—Que se alegra de verme.

—Y es verdad.

—También yo me alegro de verla a usted, Stefanie.

—¿Me estaba esperando para invitarme a almorzar? —Sí.

—Acepto —sonrió la muchacha, cogiendo del brazo al investigador y tirando de él.



Segundos después entraban en el restaurante de la esquina y ocupaban una mesa. Mientras esperaban a que les sirvieran, Stefanie Darrow preguntó;

—¿Qué tal lo pasó con Olga?

—Ni bien ni mal.

—¿Quiere decir regular?

—No estaba.

—¿No le esperó...?

—No, se cansó.

—Vaya, lo siento. Yo tengo la culpa de que pasase la noche solo.

—No, fue mía, por no regresar directamente a mí apartamento cuando salí del suyo.

—¿No fue a casa...?

—No.

—¿Y adónde fue?

—Estuve averiguando cosas sobre Tony.

—¿No dijo que empezaría a investigar hoy?

—Sí, pero cambié de idea.

—¿Por no ver a Olga?

—Exacto.

—Qué faena le hizo a la chica.

—No me apetecía demasiado pasar la noche con ella, ya se lo dije.

—¿A qué hora regresó a su apartamento?

—Eran ya más de las tres.

—Como se tropiece algún día con Olga, le araña.

—Olvidémonos de Olga y hablemos de su hermano, ¿quiere?

—¿Averiguó algo?

—Sí, y no le va a gustar.

—¿Qué averiguó, Rod?

—La clase de «negocios» a los que se dedica Tony desde hace algunos años, y que le permiten vivir tan bien.

—¿Qué negocios son ésos, Rod?

—Vive de las mujeres.

Stefanie respingó sobre la silla.

—¿Que vive de...?

—Sí. Ofrece su joven y atlético cuerpo, más su experiencia en la cama, a todas aquellas mujeres ricas que, por una u otra razón, no se sienten sexualmente satisfechas. Lo mismo da que la mujer tenga veinticinco años que cincuenta. Si paga lo que Tony pide, y pide bastante, se acuesta con ella y satisface su deseo.

Stefanie Barrow quedó sin habla.

Rod Banks le tomó la mano y se la oprimió.

—Lo siento, Stefanie.

—No se preocupe —musitó ella, hondamente afectada.

—Hay algo más.

—Suéltelo, Rod.

—Esta mañana, temprano, estacioné mi coche cerca del apartamento de Tony. A eso de las once y media, lo vi salir y subir en un Mercury verde.

—Es su coche.

—Lo seguí hasta un salón de masaje, sólo para hombres, que en realidad es una casa de placer. Las masajistas son refinadas prostitutas, a cuál de ellas más sensual y apetecible. Pero disfrutar con una de esas mujeres no es barato.

—No entiendo a qué fue Tony a ese lugar.

—Yo tampoco. Un tipo que, como él, cobra por acostarse con mujeres, no es lógico que luego pague a otras por lo mismo.

—Es lo que estaba pensando yo.

—Es una prueba palpable de que el Tony de antes no es el de ahora. Aquél se vendía a las mujeres; éste las compra. Es un impostor, Stefanie.

—Yo sigo pensando que es el auténtico Tony, con una mentalidad completamente distinta.

—Ya veremos.

—¿Esperó a que Tony saliera del salón de masaje?

—Sí.

—¿Y adónde fue después?

—A un caro restaurante. Lo dejé allí y vine a esperarla a usted, para informarla de lo que había averiguado.

Stefanie sonrió suavemente.

—Se lo agradezco mucho, Rod.

En aquel momento llegó el camarero con las cosas que habían pedido y, segundos después, Rod Banks y Stefanie Darrow empezaban a comer.

CAPITULO VI

Algunos minutos después de las ocho, Eve Jones salía del salón de masaje, luciendo un provocativo vestido color naranja.

Caminó por la amplia acera, con el bolso colgado del hombro derecho, y más de un transeúnte varón se detuvo, para verla pasar, clavando los ojos en sus opulentos y aireados senos, en sus excepcionales piernas, que el corte frontal del vestido le permitía exhibir con generosidad, en su marcado trasero, prieto y erguido...

Eve parecía no darse cuenta de que dejaba bizcos a los hombres con su explosiva figura, y es que ella sólo pensaba en Tony Darrow, el apuesto y distinguido cliente que le había propuesto pasar la noche con él, en su casa.

Vio su coche.

El Mercury verde.

Al final de la calle, como él le había indicado.

Eve volvió un instante la cabeza, sin dejar de caminar.

Nadie la seguía.

Nadie conocido, al menos.

Eve Jones se tranquilizó un poco.

El Mercury verde estaba ya muy cerca.

Eve lo alcanzó y se introdujo rápidamente en él.

Tony Darrow la esperaba al volante.

—Hola, preciosa —le sonrió.

—Vámonos pronto de aquí, Tony —rogó ella, muy nerviosa.

—En seguida.

Tony puso el motor en funcionamiento y el Mercury arranco, cobrando rápidamente velocidad.

Durante algunos minutos, no hablaron.

De pronto, Tony Darrow pasó a conducir sólo con una mano y buscó con la otra los sedosos muslos de la falsa masajista, que asomaban casi totalmente por la abertura del vestido.

—¿Más tranquila ya, Eve?

—Un poco, sí —sonrió ella, entreabriendo las piernas, para facilitar las cosas.

—Vamos a pasar una noche maravillosa.

—Estoy segura.

—Y nadie lo sabrá, no temas. Mi casa está a unos quince kilómetros de la ciudad, en un lugar solitario. Nadie nos verá entrar ni salir.

—Estupendo.

—Para que no te lleves una desilusión, te anticipo que se trata de una casa antigua y más bien fea. Podría reformarla, pero prefiero venderla y comprar un apartamento en la ciudad.

—¿No te gusta vivir en el campo, Tony?

—No mucho, la verdad.

—Yo creo que me sentiría muy a gusto.

—Te repito que la casa es vieja y fea.

—No importa. Me encanta la tranquilidad del campo, oír cantar a los pájaros, el aroma de las plantas y de los árboles... ¡Ay! —suspiró Eve, cerrando un instante los ojos.

—¿Suspiras de nostalgia?

—De placer, porque tu mano sabe lo que se hace, bribón.

Tony rió y la retiró de entre los muslos femeninos.

—Eve abrió los ojos y lo miró.

—¿Por qué no sigues, Tony?

—No se debe conducir con una mano, es peligroso.

—Tú sí que eres peligroso.

«No lo sabes tú bien», pensó Tony Darrow.

Pero Eve Jones no tardaría mucho en saberlo.

Ya estaban cerca de la solitaria casa.

Pese a que Tony ya había preparado astutamente el terreno, Eve se quedó muy desilusionada al descubrir el viejo caserón.

—¿Esta es tu casa, Tony? —murmuró.

—Sí —respondió él, parando el motor—. Horrible, ¿verdad?

—Hombre, tanto como horrible...

—Lo es, no me importa reconocerlo.

—Ahora me explico por qué quieres venderla.

—Por dentro no está tan mal. Vamos, sal del coche —indicó Tony, descendiendo del Mercury.

Eve descendió también.

Tony, que había tomado una gruesa llave de la guantera del auto, abrió la puerta del caserón con ella y encendió la luz del largo vestíbulo.

—Pasa, Eve.

La rubia entró en la casa.

Tony Darrow había dicho la verdad, por dentro no estaba tan mal; aunque, desde luego, distaba mucho de estar bien.

—Ven, antes de nada quiero enseñarte algo —dijo Tony, tomándola del brazo.

Eve se dejó llevar hacia una puerta que había al fondo del vestíbulo, a la derecha.

Tony la abrió.

Eve vio una escalera de piedra, débilmente iluminada por una bombilla que pendía del techo, junto a la puerta.

—¿Adónde conduce esto, Tony? —preguntó empezando a sentir un poco de miedo.

—Al sótano.

—¿Está allí lo que quieres enseñarme?

—Sí.

—¿Qué es?

—No te lo digo, prefiero darte una sorpresa.

—Espero que no sea desagradable —murmuró Eve, como hablando consigo misma.

Tony la oyó, pero hizo como que no.

—Vamos, baja —indicó, tirando de ella.

Descendieron por la escalera, que torcía a la izquierda, y alcanzaron el sótano, bastante mejor iluminado.

Al instante, un poderoso rugido estremeció las gruesas y húmedas paredes del sótano.

Eve Jones sintió que se le helaba la sangre en las venas, al descubrir al gigantesco gorila, que permanecía encerrado en una de las dos jaulas que se veían en el centro del sótano, y que se comunicaban entre sí.

—¡Tony! —grito, abrazándose a él.

Darrow la estrechó cariñosamente.

—No tengas miedo, Eve.

—¡Es un gorila!

—No es un gorila, es un hombre.

—¿Qué...?

—Bueno, un hombre con cuerpo de gorila. O un gorila con cerebro de hombre, como quieras llamarlo. Y a propósito de llamar... Se llama Max.

—¿Max...?

—Sí, Max Kirby.

—¡Max Kirby! —repitió Eve, dilatando los ojos.

—Tú lo conociste cuando aún no tenía cuerpo de gorila, cuando sólo era un pobre enano, del que la gente se burlaba... Tú también te burlaste de él, Eve, en el salón de masaje. Todas os burlasteis, cuando desfilasteis ante él, con vuestras descaradas batas de masajista, pero tú más, porque Max te eligió a ti. Le gustaste más que ninguna, y quería gozar de ti, pero no le fue posible, porque tú se lo pusiste muy difícil. Aquello no fue un acto sexual, fue una burla continua, que a ti te hizo saltar las lágrimas de risa y al pobre Max sentirse el ser más ridículo y más desgraciado del mundo.

Eve Jones intentó hablar, pero no le salió la voz, porque el terror paralizaba sus cuerdas vocales.

Tony Darrow prosiguió:

—Max Kirby ya no es un pobre enano, sino un gorila enorme y poderoso, gracias al profesor Odell, el científico que trasplantó el cerebro de Max a la cabeza del gorila, y ahora quiere vengarse de todas aquellas personas que se mofaron de él. Anoche se vengó de la primera. Una mujer. Se llamaba Teresa Palmer, y era prostituta, como tú, sólo que ella trabajaba por su cuenta. A Max le gustaba mucho, pero ella nunca quiso hacer el amor con él. Le parecía muy poco hombre. Anoche, sin embargo, le pareció demasiado hombre. O demasiado gorila, como prefieras llamarlo. Porque Max la poseyó, ¿sabes?

El terror de Eve Jones se acentuó al oír aquello, pero como seguía sin

poder hablar, no dijo nada. Se limitó a temblar entre los fuertes brazos de Tony Darrow, que seguían rodeándola, pero ahora no para quitarle el miedo, sino para que no escapara.

Tony continuó:

—A ti también va a poseerte, Eve, y te aseguro que esta vez no te reirás de Max, ni le dirás que sólo sientes cosquillas. Será muy distinto a como fue en el salón de masaje. Allí se nacía lo que querías tú, y aquí se hará lo que quiera Max, y si no te gusta, te aguantas. Ahora es Max quien manda. Vamos, te está esperando.

Al ver que Tony Darrow la empujaba hacia la jaula vacía, cuya puerta estaba abierta, Eve Jones recuperó el habla de golpe y chilló:

—¡No...!

Pero no le sirvió de nada suplicar ni debatirse entre los musculosos brazos de Tony

Darrow, y poco segundos después era arrojada por éste al interior de la jaula, cayendo violentamente sobre la paja que cubría el piso.

Una paja que ahora, además de sucia y húmeda, estaba manchada de sangre.

Y había jirones de piel entre ella.

Y de carne.

¡Piel y carne humanas!

Lo más horroroso, con todo, fue el ojo que descubrió Eve muy cerca de su cara.

Un ojo igualmente humano.

Arrancado de la cara de una persona.

De una mujer.

De Teresa Palmer.

La prostituta violada por el gorila llamado Max.

Ella iba a seguir la misma suerte.

Tony Darrow lo había dicho.

Eve Jones creyó morirse de espanto, sólo de pensarlo.

Oyó rugir al gorila.

Volvió la cabeza hacia él, tendida todavía sobre la paja.

Max estaba tratando de arrancar la puerta que comunicaba su jaula con la de la víctima.

Eve miró a Tony Darrow.

Pálida.

Temblorosa.

Desencajada.

Tony ya había cerrado la puerta de la jaula, y la miraba a su vez, con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Te sientes mal, ¿eh, preciosa? Pues aún te sentirás peor cuando deje entrar a Max en tu jaula y se arroje sobre ti. Y eso va a ser ahora mismo.

Tony tomó la llave que abría el grueso candado y la introdujo en éste.

—¡No lo hagas, Tony, te lo suplico! ¡Ten piedad de mí! —chilló Eve.

Darrow la miró duramente.

—¿La tuviste tú con Max, cuando era un enano? Era un hombre pequeño, pero hombre al fin y al cabo, y si tú le hubieras tratado con respeto y comprensión, en vez de burlarte de él, se hubiese sentido orgulloso y feliz de haber poseído a una mujer de tu categoría.

—¡Seré tu esclava, Tony!

—Yo no necesito esclavas —masculló Darrow, y abrió el candado.

El gorila rugió de júbilo al ver que tenía el paso libre, y penetró rápidamente en la jaula de la masajista.

Eve Jones retrocedió, arrastrándose como un animal, porque no tenía fuerzas para levantarse.

—No... No... ¡Nooo...! —chilló, hasta enronquecer, cuando topó contra los gruesos barrotes de hierro.

Max le arrancó el vestido y las escasas prendas que llevaba debajo, dejándola con todo al aire.

Eve seguía chillando como una loca.

El gorila, excitado ya por la completa desnudez de la mujer, cayó sobre ella y la penetró salvajemente.

El aullido que lanzó la desgraciada debió traspasar las gruesas paredes del sótano, pues fue realmente ensordecedor.

Tony Darrow pensó que Eve Jones se desmayaría de dolor, como le ocurriera a Teresa Palmer, pero no fue así, y Eve sufrió mil veces más que Teresa, porque los embates del cuadrumano eran terribles, desgarradores.

Cuando el gorila sació su deseo, Tony Darrow dio media vuelta y caminó hacia la escalera de piedra, con paso rápido.

No quería ver cómo despedazaba a Eve Jones, cómo vaciaba sus ojos con sus monstruosas zarpas, cómo arrancaba sus pechos, sus nalgas y sus muslos con sus feroces dientes...

Era demasiado para él.

CAPITULO VII

Sobre las nueve y media, Rod Banks estacionó su Buick frente al 1220 de Rosedale Street.

Salió del coche y se introdujo rápidamente en el portal, yéndose escaleras arriba, hasta detenerse frente al apartamento 12-B.

Pulsó el timbre.

La puerta no tardó tanto en abrirse como la noche anterior, por eso no fue necesario repetir la llamada.

—¡Rod! —exclamó Stefanie Darrow, sin poder disimular su alegría.

El investigador sonrió y preguntó:

—¿Llego demasiado tarde, Stefanie?

—Si esperaba que le invitase a cenar, sí.

—Sólo vengo a hablar con usted.

—Sí que se conforma con poco.

—No coquetee conmigo, soy un tipo peligroso.

—Oh, entonces será mejor que no le deje entrar, o peligrará mi virginidad.

—Si no me provoca, no pasará nada.

—Eso quisiera usted, que yo le provocara.

—¿Qué, me deja entrar o le hablo desde aquí?

—Lo último sería lo más prudente, pero no quiero ser tan poco amable con el tipo que tuvo la gentileza de invitarme a almorzar hoy —sonrió Stefanie, soltando la cadena de seguridad y abriendo más la puerta.

—Muchas gracias —dijo Rod, entrando en el apartamento.

Stefanie, que iba en bata, como la noche anterior, cerró la puerta e informó:

—Ya tengo whisky, Rod.

—¿Ah, sí?

—Compré una botella esta tarde.

—¿Por si venía yo?

—Porque me hacía falta, sencillamente.

—Qué desilusión.

—¿Le sirvo un trago?

—Sí, por favor.

—¿Lo quiere solo? —preguntó Stefanie, con un brillo pícaro en los ojos.

Rod entornó los suyos.

—¿Quiere jugar conmigo otra vez?

La joven rió.

—Fue divertido, ¿no?

—Sí, sí que lo fue —reconoció Rod, riendo también.

—He comprado soda, me han arreglado el frigorífico esta tarde, y dieron el agua anoche, al poco de marcharse usted, así que hoy puede tomar el whisky con lo que prefiera.

—¿Cómo le gusta a usted?

—Con hielo.
—Pues sírvamelo así.
—Muy bien.
Instantes después, sentados ya en el diván, Stefanie Darrow preguntaba:
—¿Averiguó algo más sobre Tony, Rod?
—No, lo siento. Cuando volví a ese lujoso restaurante, donde él almorzó, ya se había marchado. Me dirigí a Carrollton Avenue y detuve mi coche cerca del 890, pese a que el Mercury de Tony no estaba estacionado en la calle. Evidentemente, no habría regresado a su apartamento, después de almorzar. Esperé. Toda la santa tarde. Tony no apareció. A eso de las nueve abandoné Carrollton Avenue y me vine aquí, a verla a usted.
—¿Sin cenar...?
—Compré unos perritos calientes, en un puesto que los preparan de maravilla, y me los zampé por el camino.
—Si me hubiera dicho a mediodía que pensaba venir, le habría esperado y hubiésemos cenado juntos.
—Temí que no quisiera usted cenar con un tipo tan feo como yo.
—¿Quién ha dicho que es feo?
—Usted.
—¿Yo...?
—Dijo que tenía cara de saxofón.
Stefanie rió alegremente.
—Sí, es verdad. Ya no me acordaba.
—¿Lo dijo en serio, Stefanie?
—Usted sabe que no.
—Tampoco es cierto que no le gustase mi forma de besar, ¿verdad?
—A eso prefiero no responder.
—¿Por qué?
—Si le digo que sí me gustó, querrá besarme otra vez. ¿Me equivoco?
—No, no se equivoca.
—No quiero que me bese, Rod.
—¿Por qué?
—Voy en bata, y...
—Prometo no averiguar si lleva algo debajo.
—¿Cumple siempre sus promesas, Rod?
—Desde que era pequeñito.
—Está bien, puede besarme.
Rod Banks se apresuró a dejar su copa sobre la mesa.
Stefanie Darrow respingó.
—¿No acaba de prometer que no averiguará si llevo algo debajo de la bata...?
—Sí.
—¿Para qué quiere las manos libres, entonces?
—Besar a una mujer, sin abrazarla, es como un guiso sin sal; queda soso.

—Ya.
—No le importa, ¿verdad?
—No, pero le ruego que no me abrace tan fuerte como en su casa. Todavía me duelen las costillas.
—¿En serio?
—Es que aquello no fue un abrazo, fue una presa de judo. No sabía por dónde salir.
Rod rió, divertido.
—Esta vez la abrazaré con delicadeza, no se preocupe.
—A ver si es verdad —sonrió Stefanie.
Rod la enlazó por el talle y tiró de ella, con suavidad, besándola seguidamente en los labios, sin presionar demasiado con los suyos, limitándose a saborearlos.
Luego, sin soltarla, preguntó:
—¿Mejor ahora, Stefanie?
—Tampoco soy de cristal, Rod...
—¿Qué quiere decir?
—Que el beso no ha estado mal, pero el abrazo ha quedado muy pocho.
—Bueno, como dijo que todavía le dolían las costillas, yo... —carraspeó el investigador.
—No es verdad —confesó Stefanie, con maliciosa sonrisa.
—¿Bromeaba...?
—Claro.
—Demonio de chica —rió Rod, y la besó de nuevo, abrazándola vigorosamente esta vez.
También el beso fue mucho más apasionado.
Desgraciadamente, cuando más a gusto se sentían los dos, el timbre del apartamento se puso a sonar.
Rod y Stefanie se separaron al instante.
—Están llamando, Rod... —murmuró ella, visiblemente asustada.
—¿Tony?
—Es posible.
—Me ocultaré en su dormitorio, y, si es Tony, déjelo entrar en el apartamento.
—¿Que lo deje entrar...?
—No tema, yo estoy con usted. Si Tony intenta propasarse, intervendré.
—Pero...
—Vamos, no pierda más tiempo, Stefanie. Con esta visita de Tony, sea su hermano o un impostor, podemos adelantar mucho.
Rod ya se había levantado del diván y cogió su copa.
Stefanie se levantó también.
Se había puesto pálida, y su nerviosismo era perceptible.
Rod caminó con rapidez hacia el cuarto de la muchacha y se introdujo en él, dejando una grieta de no más de dos centímetros, a la que aplicó el ojo.



Stefanie respiró hondo, para serenarse un poco, y acudió a abrir.

CAPITULO VIII

Sí.

Era Tony Darrow.

¿El auténtico?

¿Un impostor?

Rod Banks había hecho dudar a Stefanie Darrow, por eso la joven se fijó mejor que nunca en él, tratando de encontrar algún detalle, por insignificante que fuese, que le demostrase que aquél hombre no era su hermano.

Pero no pudo.

Todo era idéntico.

Aquel hombre no podía ser un impostor, era el verdadero Tony.

—Stefanie... —pronunció él, tímidamente.

—¿Qué quieres, Tony? —preguntó la joven, que sólo había abierto la puerta lo que permitía la cadena de seguridad.

—Pedirte perdón por lo del otro día.

—Me temo que no podré perdonarte nunca, Tony.

—Me siento avergonzado, créeme —Tony bajó la cabeza—. Aunque no toda la culpa es mía.

—¿Pretendes decir que fue mía?

—Oh, no, tuya no, Stefanie.

—¿De quién, entonces?

—Del accidente. El golpe que sufrí en la cabeza no sólo me ha hecho perder memoria.

—¿Qué quieres decir, Tony?

El joven levantó la mano y se oprimió la frente.

—No estoy bien, Stefanie. Mi cerebro no funciona como antes. A veces hago cosas que no tienen sentido, que no deseo hacer, pero que ejecuto como un robot... Es difícil de explicar, porque ni yo mismo sé lo que me pasa.

Stefanie Darrow sintió una profunda pena.

Desenganchó la cadena de seguridad y rogó:

—Pasa, Tony.

—Gracias —dijo él, sonriendo levemente, y penetró en el apartamento.

Stefanie cerró la puerta y lo tomó del brazo.

—Ven, Tony. Nos sentaremos en el diván y hablaremos con calma de todo esto.

—¿Me has perdonado ya, Stefanie?

—¿Tú querías besarme y acariciarme de aquella forma tan sucia, Tony?

—No, te juro que no. Fue una de las muchas cosas que hago sin saber exactamente por qué, y que luego, cuando analizo, me llenan de coraje. O de vergüenza, como en tu caso. No es cierto que sienta deseo por ti, Stefanie, aunque entonces te dijera y te demostrara que sí. Eres mi hermana. Te quiero mucho, pero es un cariño puro y noble, como el que siempre te he profesado.

Si mi cerebro funcionase con normalidad, jamás hubiera hecho lo que hice contigo. Me sentía tan avergonzado, que no me atrevía a venir y pedirte perdón.

Stefanie, con los ojos húmedos de emoción, le dio un beso en los labios.

—Estás perdonado, Tony.

—Gracias por tu comprensión, Stefanie.

Se sentaron en el diván.

Stefanie tomó la mano de él entre las suyas y dijo:

—Tienes que ir al médico, Tony.

—Ya he ido, Stefanie.

—¿Y qué dice?

—Que debo tener paciencia. Dentro de un par de meses, a lo sumo tres, estaré totalmente curado. No tengo ninguna lesión en el cerebro, es sólo cuestión de tiempo.

—Comprendo.

Tony volvió a oprimirse la frente.

—Estoy sufriendo mucho Stefanie. No quise decirte nada para no preocuparte más, porque bastante te asustaste cuando te conté lo del accidente, pero lo que me pasa es terrible. Temo hacer daño a alguien, en uno de esos momentos en que mi mente no funciona como es debido. De hecho, a ti ya te lo hice.

—Bueno, tampoco hay que exagerar. Sólo fueron unos besos y unos apretones, que seguramente me hubieran complacido de no ser mi propio hermano quien me los daba —sonrió maliciosamente la joven.

—¿De veras no me guardas rencor, Stefanie?

—Ninguno, ya te lo dije.

—Qué hermana más maravillosa tengo —dijo Tony, emocionado, y ahora fue él quien besó en los labios a Stefanie.

Un beso corto, tierno, absolutamente limpio, que obligó a la muchacha a decir:

—Vuelves a ser el Tony de antes.

Tony se fijó en la copa que descansaba sobre la mesa

—¿Qué estás tomando, Stefanie?

—Whisky con hielo. ;Te apetece?

—Si no es molestia...

—Claro que no. Ahora mismo te lo sirvo.

—Gracias.

Stefanie se levantó y fue hacia el mueble bar, a preparar la bebida para su hermano.

Tony, disimuladamente, extrajo una cápsula blanca del bolsillo de su chaqueta y la dejó caer en la copa de su hermana, donde se disolvió con rapidez, no quedando ni rastro de ella.

Poco después, Stefanie regresaba con la otra copa.

—Aquí tienes, Tony.

—Gracias, Stefanie. ¿Quieres que brindemos?

—Oh, sí —sonrió la joven, cogiendo su copa.

—¿Por qué brindamos?

—Por tu pronta y absoluta recuperación.

—Dios te oiga.

Entrechocaron sus copas y bebieron.

Rod Banks, que no perdía detalle de cuanto hacían o decían los hermanos Darrow, había estado a punto de intervenir al ver que Tony echaba algo en la copa de Stefanie, pero rechazó la posibilidad de que se tratara de un veneno, y por eso siguió oculto en el cuarto de la muchacha.

A Tony no le convenía asesinar a Stefanie, porque, por ser o fingir ser su hermano, a quien primero acudiría la policía sería a él, para comunicarle su muerte e interrogarle, y esto, obviamente, no le interesaba en ninguno de los dos casos.

Rod pensó que se trataba de alguna droga o somnífero, y esperó a ver qué sucedía.

Los efectos de la cápsula no tardaron en manifestarse.

Lo primero que sintió Stefanie Darrow fue calor, un calor progresivo que humedeció la piel de todo su cuerpo en sólo unos segundos.

Le molestaba la bata, el slip, el sujetador...

De haberse hallado sola en su apartamento, se hubiese despojado de todo y quedado completamente desnuda.

Pero aún fue peor lo que vino después.

Los pezones de sus senos se irguieron, tensos, vibrantes, ávidos de caricias, y Stefanie tuvo que hacer un gran esfuerzo para no llevar sus manos hasta ellos y frotarlos con calor.

Algo parecido le ocurrió más abajo, en lo más íntimo de su persona, y Stefanie tuvo que apretar los muslos con fuerza.

Quería disimular su ansia, su deseo de caricias, su creciente excitación, pero no podía dominar las inesperadas convulsiones que agitaban todo su ser.

Su mente se enturbió, y ya no fue capaz de razonar, de preguntarse las causas de todo aquello. Sólo sabía lo que su cuerpo pedía, cada vez de un modo más apremiante: un hombre.

Tenía uno al lado, pero era su hermano.

En circunstancias normales, ni se le hubiera ocurrido aquel pensamiento, pero los efectos de la droga que Tony Darrow le echara en el whisky la habían convertido en una gata encelada, que sólo pensaba en saciar su deseo, y su mente embotada no veía más allá.

Con los ojos brillantes de excitación y las mejillas encendidas, Stefanie tomó la mano de Tony y se la apretó.

—Tony... —pronunció, anhelante.

—¿Sí, Stefanie? —repuso él, como si no supiera nada.

La joven levantó la mano de él y la guió hasta sus senos.

—Tony... —repitió.

Él le oprimió los pechos por encima de la bata.

No era suficiente, y Stefanie, sin darse cuenta de lo que hacía, empujada por el ansia que la dominaba ya por completo, se soltó nerviosamente el cinturón y se abrió la bata de par en par, mostrando su joven y esbelto cuerpo, apenas cubierto por el slip y el sujetador, pues ambas prendas eran breves y transparentes.

—Tony... —volvió a pronunciar, con voz cada vez más apremiante.

Tony la contempló de arriba abajo, y también sus ojos brillaron de deseo.

—Qué hermosa eres, Stefanie... —murmuró, acariciándole los hombros, las caderas, los muslos.

Ella cerró los ojos y emitió un gemido.

Sin abrirlos, se llevó las manos al cierre del sujetador y lo soltó, despojándose de la prenda.

Sus senos, ni grandes ni pequeños, continuaron erguidos.

Desafiantes.

Provocadores...

Palpitaban como un par de corazones, a causa del incontrolable deseo que sentía la muchacha.

Tony Darrow los tomó con sus manos y los apretó con suavidad, acercando seguidamente su boca a ellos, para besar y mordisquear sus erectos pezones.

En aquel preciso instante, la puerta del cuarto de Stefanie Darrow se abrió de golpe y Rod Banks surgió por ella, con las mandíbulas encajadas y los puños apretados.

—¡Aparta tus puercas manos de ella, cerdo! —rugió, yéndose hacia él a grandes zancadas.

Huelga decir que la sorpresa que se llevó Tony Darrow fue morrocotuda.

Soltó los estremecidos senos femeninos, claro.

Y se puso en pie, claro.

Rod Banks era lo más parecido a un toro furioso, y Tony Darrow quería prepararse para esquivarlo.

CAPITULO IX

Pero no es fácil esquivar un toro furioso.

Que se lo pregunten a Palomo Linares, si no.

O a Paco Camino.

O a Manuel Benítez el Cordobés.

Los tres han estado varias veces en el hospital, cogidos por toros furiosos.

Tony Darrow también podía acabar en un hospital, si lo «cogía» Rod Banks.

Y Rod Banks lo cogió.

De nada sirvió que Tony Darrow disparase su puño primero.

Sólo golpeó el vacío.

El de Rod Banks golpeó una mandíbula.

La de Tony, claro.

Fue una especie de coz, que tiró al guapetón sobre el diván, donde seguía Stefanie Darrow, con la bata abierta y los pechos al aire, temblando de deseo.

La aparición de Rod Banks no había causado el menor efecto en la drogada muchacha.

Lo miraba como a un extraño.

Como si no lo conociera de nada.

Para Tony Darrow, Rod Banks también era un extraño, pero ya no lo miraba como a tal, sino con odio, por el puñetazo que acababa de propinarle.

En la vida le habían dado un castañazo tan tremendo.

Tony se levantó del diván, sangrando ligeramente por la comisura de la boca, y trató de cobrarse el trallazo.

Pero quien cobró fue él, otra vez.

Y por partida doble, en esta ocasión.

Sí, Rod le golpeó con ambos puños; primero en el estómago y luego en el rostro.

Tony cayó de nuevo sobre el diván.

Como tardaba en levantarse, Rod lo agarró por la camisa y lo irguió con brusquedad.

—No... —rogó Tony, aturdido por los golpes.

—Sí —masculló Rod, y soltó su derecha.

Con terrible potencia.

Tony Darrow no «aparcó» esta vez en el diván, sino tras él, pues lo salvó limpiamente, como el atleta que salta un listón, de espaldas, con el cuerpo arqueado, y desapareció por el otro lado.

No volvió a aparecer.

Rod Banks no se molestó en comprobar si Tony Darrow había perdido el sentido, porque sabía que sí.

Su terrorífico derechazo hubiese dormido a un caballo.

El investigador miró a Stefanie Darrow.

Ella también le miraba a él, con ojos turbios de deseo.

—Rod... —pronunció, alargando los brazos hacia él, en apremiante invitación al placer.

Rod Banks se acercó a ella, pero no con intención de acariciar y besar sus senos desnudos, como Stefanie Darrow anhelaba, sino de dejarla inconsciente de un puñetazo.

Y eso hizo.

Un golpe seco, en la barbilla, que obligó a la joven a poner los ojos en blanco y a derrumbarse sobre el asiento del diván, donde quedó tendida.

Rod le cerró la bata, la tomó en brazos, y la llevó a su cuarto, depositándola en la cama.

Salió del dormitorio de la muchacha.

Tony Darrow seguía sin conocimiento.

Rod le registró los bolsillos, pero no encontró nada de particular. Los documentos, extendidos a nombre de Tony Darrow, eran auténticos, como ya esperaba el investigador.

Rod exploró la cabeza de Tony, descubriendo la larga cicatriz que el pelo ocultaba.

¿Recuerdo del accidente que sufriera con su coche?

¿Una operación quirúrgica, para cambiar su personalidad, como sospechaba Stefanie?

En cualquier caso, parecía descartarse la posibilidad de que aquel tipo no fuera Tony Darrow, el hermano de Stefanie.

Aquella horrible cicatriz en el cráneo...

Rod cogió la copa de whisky que Stefanie sirviera a Tony y la vació sobre el rostro de éste, arrojándole cubitos de hielo y todo.

Tony empezó a mover la cabeza.

Rod lo agarró y lo puso sobre el diván.

Esperó a que se despertara del todo.

—¿Qué, podemos hablar ya, compañero?

Tony se llevó la mano a la mandíbula, donde se le estaba formando un considerable moretón.

—¿Quién eres tú? —rezongó.

—Me llamo Rod Banks, y soy amigo de Stefanie.

—¿Dónde está ella?

—La llevé a su cuarto.

—Tú saliste de allí...

—En efecto.

—¿Mantienes relaciones íntimas con mi hermana?

—¿Seguro que es tu hermana?

—¿Por qué haces esa pregunta tan absurda?

—Le echaste una droga en su copa, para excitar sus sentidos y anular su voluntad.

Tony pestañeó.

—¿De veras hice eso...?
—¿No lo recuerdas?
—No.
—¿Tampoco que acariciaste sus pechos desnudos?
Tony se oprimió las sienes.
—Sí, eso sí lo recuerdo, pero no sé por qué lo hice. Stefanie se abrió la bata de par en par y se despojó del sujetador, y yo...
—Ella hizo eso porque se hallaba bajo los efectos de la droga.
—Yo no quería echarle la droga, te lo juro.
—¿Y por qué lo hiciste?
—No lo sé. Mi cerebro, desde que sufrí el accidente...
—Esa historia ya la conozco, y no me acaba de convencer —le interrumpió Rod.
—¿Por qué no?
—Huele a falsa.
—Te aseguro que es totalmente cierta.
—¿En qué clínica de Los Angeles estuviste casi un mes internado?
—No lo recuerdo.
—¿No lo recuerdas... o no quieres que yo compruebe que mientes?
—¡No miento! —Se exaltó Tony—. Mi memoria falla desde el accidente, eso es todo. Mañana habré olvidado algunas de las cosas que he hecho hoy, me viene sucediendo desde entonces.
—No eres el mismo de antes, Tony.
—¿Quién ha dicho que no?
—Stefanie.
—Ya le expliqué a mi hermana por qué me comporté así con ella. Y ella me perdonó. También me perdonará lo de hoy.
—Lo dudo.
—Déjame hablar con ella.
—Está dormida.
—Esperaré a que despierte.
—No, vas a largarte, Tony. Y no quiero que vuelvas a poner los pies en el apartamento de tu hermana.
—¿Quién eres tú para prohibírmelo? No me respondiste antes, cuando te pregunté si mantenías relaciones íntimas con Stefanie.
—No me acuesto con ella.
—¿Y qué hacías en su cuarto?
—Escuchar lo que hablabais y ver lo que hacíais.
—Stefanie iba en bata...
—Porque así se siente más cómoda.
—Si mantenéis relaciones sexuales, puedes decírmelo. No me importa, te lo aseguro. Stefanie ya es mayor de edad, puede acostarse con un hombre, si le apetece.
—Nuestras relaciones, hasta ahora, han sido puramente profesionales.

—¿Profesionales... ?

—Soy investigador privado, Tony.

—Investigador privado... —musitó Darrow.

—Sí. Stefanie me contrató para averiguar qué diablos pasa contigo, Tony. Y te aseguro que lo averiguaré, aunque a ti, y puede que a alguien más, no os guste.

Tony apretó las mandíbulas.

—No hay nada que averiguar, Rod.

—Eso pensaba yo, al principio; pero he cambiado de idea.

—Perderás tu tiempo tontamente, y Stefanie, su dinero.

—¿Qué te apuestas a que no?

Tony se puso en pie, con alguna dificultad, porque todavía no se había repuesto de los golpes, que le propinara el investigador.

—Pegas duro, maldito... —rezongó, agarrándose el estómago.

—Sólo a quien se lo merece —repuso Rod.

—La próxima vez que nos veamos, es posible que los golpes los recibas tú.

—Te caigo mal, ¿eh, Tony?

—Muy mal.

—Peor me caes tú a mí. Nunca me han gustado los tipos que cobran por acostarse con una mujer.

Las pupilas de Tony Darrow destellaron.

—Ya has averiguado eso, ¿eh?

—Sí, soy un tipo muy efectivo.

—¿Se lo has dicho a' Stefanie?

—Sí.

—Bastardo...

—Cuidado con lo que dices o te sacudo de nuevo.

Tony caminó hacia la puerta, ligeramente encogido.

Antes de abandonar el apartamento, se volvió y, en tono claramente amenazante, dijo:

—Volveremos a vemos, Rod Banks.

—Seguro —sonrió el investigador.

Tony Darrow abrió la puerta y se largó.

CAPITULO X

Cuando Stefanie Darrow volvió en sí, creyó hallarse montada en un tiovivo, porque todo daba vueltas a su alrededor.

Tuvo que cerrar los ojos y agarrarse a la cama, pues tenía la sensación de que iba a caerse de ella.

Además de aquel terrible mareo, Stefanie sentía un espantoso dolor de cabeza, le dolía también la barbilla, y notaba la boca seca y la lengua como dos veces más gruesa de lo normal.

Permaneció algunos minutos así, con los ojos cerrados y agarrada a la cama, mientras trataba de recordar qué le había pasado.

Fue inútil, pues, por mucho que se esforzó, su mente no rememoró escena alguna. Estaba como en blanco, vacía. No podía pensar.

Stefanie abrió los ojos de nuevo.

Las cosas ya no giraban a su alrededor, pero aún se movían. Cada vez menos, afortunadamente.

Stefanie se hizo el ánimo y se levantó de la cama.

Estuvo a punto de caerse al suelo, porque además de mareada, se sentía torpe, y tuvo que agarrarse a la cabecera de la cama.

Se miró el cuerpo.

Al ver que iba en bata, y que la llevaba cerrada, caminó hacia la puerta del dormitorio, que permanecía entreabierta.

Tambaleante como un borracho, pero sin llegar a caerse, alcanzó la puerta y la acabó de abrir, apoyándose luego en el marco de la misma.

Vio a Rod Banks.

Sentado en el diván.

Fumando un cigarrillo, con cara de aburrido.

El investigador la descubrió a su vez y se puso en pie en el acto.

—Stefanie...

La joven iba a preguntarle qué demonios había sucedido, cuando descubrió el sujetador que descansaba sobre un sillón.

Se soltó del marco de la puerta y se abrió el escote de la bata, respingando graciosamente al comprobar que sus senos estaban desnudos bajo ella.

Enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—¿Cómo se atrevió a...? —farfulló, mitad por culpa del nerviosismo y mitad por culpa de la lengua, que la seguía notando gorda como una esponja.

Rod, desconcertado, preguntó:

—¿A qué, Stefanie?

—¡A despojarme del sujetador! —la muchacha apuntó la prenda íntima con el dedo.

Rod miró el sostén y sonrió.

—Se lo quitó usted, Stefanie.

—¿Yo...?

—¿No recuerda nada de lo sucedido?

La joven movió la cabeza.

—Absolutamente nada. Sólo sé que me encuentro muy mal.

—Es a causa de la droga.

—¿Droga...? ¿Qué droga?

—La que Tony le echó en el whisky. ¿Tampoco recuerda que su hermano estuvo aquí?

El cerebro de Stefanie Darrow empezó a funcionar.

—Tony... Sí, recuerdo que vino a pedirme perdón por lo que hizo conmigo. Hablamos... De pronto, empecé a sentir calor, y todo mi cuerpo se humedeció. Luego... ¿Qué pasó luego, Rod? Me esfuerzo por recordarlo, pero no puedo.

—Tony no vino a pedirle perdón, Stefanie, sino a hacerle el amor, y como sabía que usted no se dejaría, se trajo consigo una droga que excita los sentidos de tal manera, que la persona que la ingiere sólo desea satisfacer su repentino e incontrolable apetito sexual, con quien sea, como sea y donde sea.

—¿Y me pasó a mí eso...?

—Sí.

—Dios mío, qué vergüenza...

—No ocurrió nada, Stefanie, porque yo intervine y le di su merecido a Tony.

—¿De veras no ocurrió nada, Rod?

—Muy poco, créame. Usted, empujada por la droga, se abrió la bata y se quitó el sujetador, para que Tony acariciara sus senos. En ese momento surgí yo de su cuarto y le quité las ganas a su hermano de aprovecharse de usted.

—¿Le pegó?

—Con muchas ganas.

—Quizá Tony no sabía lo que hacía. Recuerdo que me explicó lo que le sucede, desde que sufrió el accidente, y...

—Todo eso es falso, Stefanie. Se lo inventó Tony para que usted le perdonara y le permitiera entrar en el apartamento.

—¿Sigue creyendo que es un impostor. Rod?

—No, estoy seguro de que no Es Tony, su hermano. Me convencí al ver la cicatriz que tiene en el cráneo. Si fuera un impostor, no la tendría, porque es absurdo pensar que se abriera la cabeza deliberadamente para justificar la historia del accidente. Nadie se prestaría a eso. Además, ¿por qué iba nadie a suplantar a Tony? Vive bien, pero no es rico, y su trabajo, satisfacer sexualmente a mujeres de cualquier edad, por dinero, tampoco es como para envidiarlo, precisamente.

—¿Entonces...?

Rod Banks se mesó el cabello.

—Empiezo a creer que usted tiene razón, Stefanie. Tony no sufrió ningún accidente ni estuvo casi un mes internado en una clínica de Los Angeles, porque si fuera cierto no tendría inconveniente en decir qué clínica era ésa, y no quiso responderme, cuando se lo pregunté. Me hubiera sido muy fácil

comprobar que mentía.

—Pues si la cicatriz que tiene en la cabeza no es del accidente...

—Es la huella de una operación quirúrgica a la que fue sometido Tony, aquí, en San Francisco, y que cambió totalmente su personalidad.

—¿Por quién, Rod?

—No lo sé, Stefanie. Pero lo averiguaré. Y también por qué.

—Le dijo a Tony que es usted investigador privado?

—¿Y cómo reaccionó?

—Se puso nervioso y trató de convencerme de que no hay nada que averiguar. Como no lo consiguió, me amenazó. Eso prueba que sí hay cosas que averiguar y Tony teme que las averigüe.

Hubo un silencio.

Rod Banks, que se había acercado a Stefanie Darrow, preguntó:

—¿Se encuentra mejor, Stefanie?

—Sí, bastante mejor. Se me pasó el mareo, aunque me sigue doliendo la cabeza. Y la barbilla... —se la rozó con los dedos la joven.

—Lo de la barbilla es culpa mía —carraspeó Rod.

—¿Acaso me golpeó...?

—Sí, tuve que darle un puñetazo.

—¿Por qué?

Rod se lo explicó.

Stefanie enrojeció de nuevo.

—Qué vergüenza, Señor.

—La droga tuvo la culpa, usted no sabía lo que hacía.

—Pero eran mis pechos los que estaban al aire.

—Apenas me fijé, le doy mi palabra.

—Gracias por darme un puñetazo, Rod. Y por cerrarme la bata. Y por depositarme en mi cama. Otro hombre con menos escrúpulos no hubiera dudado en aprovecharse de mi estado de excitación.

—Yo ni siquiera la rocé Stefanie; se lo juro.

La joven sonrió con agradecimiento.

—Lo sé, Rod.

—Será mejor que se acueste y descanse, Stefanie.

—¿Quiere marcharse ya, Rod?

—Sí, es tarde, y la noche pasada dormí muy pocas horas. Recuerde que llegué a casa pasadas las tres, y a las ocho en punto ya me encontraba en Carrollton Avenue, frente al apartamento de su hermano. Y mañana también tendré que madrugar, por el mismo motivo. Quiero seguir todos los pasos de Tony.

—Me asusta un poco quedarme sola, Rod.

—Tony no volverá.

—¿Seguro que no?

—Yo se lo prohibí.

—Espero que le haga caso.

Rod la tomó por los hombros, con suavidad.
—La veré mañana, Stefanie.
—Me alegraré de ello.
Rod la besó cálidamente en los labios e insistió:
—Acuéstese en seguida ¿eh?
—Lo haré, no se preocupe.
Rod le acarició las mejillas y caminó hacia la puerta, saliendo del apartamento.

* * *

Minutos más tarde, Rod Banks abría la puerta del suyo y penetraba en él.
Al instante, se quedó quieto.
Silencioso.
Conteniendo hasta la respiración.
Su fino oído había detectado un leve ruido en el dormitorio.
Rod pensó rápidamente en Tony Darrow.
¿Le estaría esperando, para vengarse de él?
Era muy posible que sí.
Bien.
Ya se vería quién sorprendería a quién.
Rod se abrió la chaqueta y extrajo su revólver de la funda que llevaba acoplada al cinturón.
Con el arma en la diestra, caminó cautelosamente hacia su habitación, cuya puerta permanecía entornada.
¿La había dejado él así?
No lo recordaba.
Rod, ya junto a la puerta, se pegó a la pared.
Súbitamente, empujó la hoja de madera y saltó al interior de la habitación, que se iluminó lo suficiente con las luces del living.
Rod apuntó con su revólver a la persona que le había estado esperando, oculta en su dormitorio, pero no apretó el gatillo, porque la persona en cuestión no iba armada.
Con arma de fuego, al menos.
Sus armas eran otras, y saltaba a la vista que estaba dispuesta a hacer uso de ellas.
—Olga... —musitó el investigador, bajando lentamente el brazo diestro.
—¿Qué tal, Rod? —le sonrió la curvilínea rubia, que se hallaba acostada en la cama, cubierta con la sábana pero sólo hasta la cintura.
Su vestido yacía en el suelo, tirado de cualquier manera.
También sus zapatos.
Y sus medias.
Y una minúscula braguita...
Rod clavó sus ojos en los desnudos pechos de la chica.

Redondos.

Firmes.

Exuberantes...

—¿Qué haces en mi cama? —preguntó, sin apartar su mirada de las «armas» de la rubia.

—Esperarte, para lo que tú ya sabes.

—El caso es que...

La rubia, antes de que el investigador pudiera ponerle alguna excusa y se largara, como la noche anterior, retiró la sábana y dejó al descubierto el resto de su cuerpo, que tampoco tenía desperdicio.

—¿Decías, Rod...? —sonrió malévolamente, levantando una rodilla y balanceando la pierna.

Los ojos del investigador se posaron donde Olga deseaba que se posaran, porque era su «arma» más efectiva.

—Nada, no decía nada —carraspeó Rod, y empezó a quitarse la ropa.

CAPITULO XI

Por la mañana, a la hora de costumbre, Stefanie Darrow salió de su apartamento, vistiendo una falda blanca, abierta por delante, y una blusa amarilla, de manga corta.

Apenas alcanzar la calle, descubrió el Mercury verde de Tony, y casi se le escapa un grito.

Su hermano asomó la cabeza por la ventanilla.

—Buenos días, Stefanie.

La joven no respondió.

Siguió quieta en el portal.

Pálida.

Asustada.

—Acércate, hermanita —indicó Tony, con irónica sonrisa.

Stefanie no obedeció.

—¿No quieres saber lo que le pasó anoche a tu flamante investigador, cuando llegó a su apartamento? —preguntó Tony.

Stefanie se tensó.

—¿Le estabas esperando tú, Tony?

—Sí.

—¿Para qué?

—Le dije que me cobraría los golpes que me dio, y me los cobré.

—A traición, supongo.

—Claro. No podía ser de otro modo, porque Rod Banks es muy diestro con los puños.

—Cobarde...

—Lo tengo en mi poder, ¿sabes?

—¿A Rod...?

—Sí. Cuando me cansé de golpearle, cargué con él y lo metí en el maletero de mi coche. Lo llevé a cierto lugar que yo conozco, muy apropiado para el caso, y del que no podrá escapar, a menos que yo le suelte. Stefanie apretó los puños.

—¿Qué piensas hacer con él, maldito?

—Mucho o nada, depende de ti.

—¿De mí...?

—Sube al coche y te lo explicaré.

Stefanie vaciló.

—Vamos, hermanita —apremió Tony, abriendo la portezuela—. No olvides que Rod Banks lo puede pasar muy mal, si tú no le ayudas.

Stefanie no tuvo más remedio que subir al Mercury. Tony lo puso en movimiento inmediatamente.

—¿Dónde me llevas? —preguntó Stefanie.

—Con Rod, para que veas lo que le ocurrirá si tú no...

—¿Si yo no qué?

Tony puso la mano sobre el muslo izquierdo de su hermana, aprisionándolo por debajo de la falda.

—Te, deseo, Stefanie.

Ella le obligó a retirar la mano.

—¡Asqueroso! —barbotó, roja de cólera.

—¿Por qué me llamas asqueroso?

—¡Porque lo eres! ¡Soy tu hermana, y...!

—No eres mi hermana.

Stefanie se quedó como paralizada.

—Repite eso, Tony.

—No eres mi hermana, Stefanie. Y no me llames Tony, sino Max. Es mi verdadero nombre.

—Max...

—Sí.

—¿Y qué ha sido de Tony?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—¿Está vivo?

—No hagas más preguntas ahora, no te responderé. —Dígame al menos por qué suplanta a Tony.

—No me llames de usted, no me gusta.

—Respóndeme, Max, por favor.

—Cuando lleguemos a ese solitario lugar del que te he hablado, te lo explicaré todo.

—¿Está lejos?

—No, a sólo quince kilómetros de la ciudad.

Stefanie no hizo más preguntas.

La mano del tipo que decía llamarse Max se deslizó de nuevo hacia el muslo femenino.

—No me toques —prohibió Stefanie.

—Ya sabes que no soy tu hermano...

—Eso no cambia las cosas.

—¿Cómo que no? No siendo Tony, ya no puede parecerte sucio que yo te desee más que a ninguna otra mujer en el mundo.

—Si me pones la mano encima, te araño.

El tipo devolvió su diestra al volante.

—De acuerdo, nada de caricias por ahora. Pero te recuerdo que tengo a Rod Banks en mi poder, y si no te muestras cariñosa y complaciente conmigo, él sufrirá las consecuencias.

Stefanie lo miró con odio.

—Eres una rata, Max.

—Mide las palabras, preciosa. Tengo la sartén por el mango, y de ahora en adelante sólo dirás y harás lo que a mí me guste que digas y hagas. Será mejor que no lo olvides.

Stefanie guardó silencio.
El falso Tony tampoco habló más.

* * *

Algunos minutos después, el doble de Tony Darrow detenía el Mercury frente al viejo y lúgubre caserón.
—Hemos llegado, muñeca —dijo, parando el motor.
Stefanie Darrow contemplaba, con ojos asustados, la tétrica casa.
El tipo tomó la gruesa llave que llevaba en la guantera y salió del coche.
—Abajo, preciosa —indicó.
Stefanie salió del auto.
El falso Tony abrió la puerta de la casa y entraron en ella.
—Sígueme, Stefanie.
La joven obedeció.
Poco después el tipo abría la puerta del sótano.
—Tú delante, monada.
Stefanie descendió por la escalera de piedra.
El gorila, que seguía encerrado en su jaula, rugió al ver aparecer a la bella muchacha.
Stefanie dio un grito de terror, al descubrir al enorme cuadrumano, y quiso retroceder, pero el falso Tony la agarró por un brazo, férreamente, y se lo impidió.
—Tranquila, preciosidad. «Kluto» no va a hacerte nada. Ya ves que está encerrado en una jaula de gruesos barrotes de hierro, y para que te hiciera algo yo tendría que meterte en la jaula contigua y abrir la puerta que las comunica. Pero no temas, no pienso hacer tal cosa. A «Kluto» le encantaría, desde luego. Le gustan las mujeres con locura, y las posee, antes de despedazarlas Por eso rugió cuando te vio, y se muestra tan alborotado. Cree que te he traído para él.
—¿Do..., dónde está Rod Banks? —preguntó Stefanie, casi sin voz.
—En Carrollton Avenue, frente al apartamento de tu hermano, esperando que yo salga. Esperará en vano, porque yo no he pasado la noche allí. Ya sospechaba que trataría de seguirme los pasos —rió el tipo.
Stefanie lo miró.
—¡Me has engañado!
—Sí, te he engañado, preciosa. No esperé a Rod Banks en su apartamento, ni le golpeé, ni lo traje aquí Pero vendrá, no te preocupes. En cuanto sepa que yo te tengo en mi poder. Y lo va a saber muy pronto.
—¡Miserable! —empezó a debatirse la joven.
—Estate quieta o no te cuento lo que le pasó a tu hermano.
Stefanie dejó de forcejear con el doble de Tony.
—Habla, canalla.
La mano del tipo ascendió con rapidez y restalló en la mejilla de la muchacha.

Stefanie dio un grito.

—Te advertí que cuidaras las palabras, encanto —mascullo el falso Tony.

Stefanie sintió deseos de devolverle la bofetada, pero se contuvo.

—Háblame de Tony.

—Primero te hablaré de mí, porque así entenderás mejor las cosas. Como te dije, me llamo Max; Max Kirby. Yo era un enano, ¿sabes? Un ridículo enano del que mucha gente, casi toda, se reía. Estaba asqueado de la vida, y tenía pensado suicidarme. Por fortuna, conocí al profesor Odell, un científico que llevaba años experimentando con animales, cuyos cerebros intercambiaba. Sus colegas decían que estaba loco, y no prestaban ninguna atención a sus trabajos. Estaba un poco loco, es cierto; pero era un hombre muy inteligente, y sabía muy bien lo que se hacía. El profesor Odell me aseguró que mi caso tenía solución. No tenía más que proporcionarle el cuerpo de un hombre normal, vivo, por supuesto, y él se encargaría de lo demás. Lo demás, me lo explicó después, consistía en trasplantar mi cerebro a la cabeza de ese hombre, para que yo pudiera vivir en su cuerpo. Yo no lo creía posible, pero él me garantizó que la operación sería un éxito. Y, en efecto, lo fue.

Stefanie, horrorizada, preguntó:

—¿Escogiste a Tony para...?

—Sí, tu hermano fue el elegido. Era alto, atlético, apuesto... La clase de hombre que vuelve locas a las mujeres. Vivía de ellas, además, como ya sabes. A mí, pagando, muchas mujeres me rechazaban, porque no querían acostarse con un enano; Tony, en cambio, cobraba por hacer el amor.

—¿Murió?

—¿Tony?

—Sí.

—Bueno, sólo murió su cerebro, no su cuerpo, que ahora es mío.

—Monstruo... —espetó Stefanie, cerrando los ojos, que ya se le estaban llenando de lágrimas.

—Tu hermano ya llevaba veintisiete años disfrutando plenamente de la vida. Yo, sin embargo...

—Fue un crimen.

—No lo cometí yo, sino el profesor Odell, que fue quien realizó la operación. Yo me limité a traerle a Tony, drogado, y lo puse a su disposición.

—El profesor Odell es otro monstruo.

—Lo era —sonrió cínicamente Max Kirby.

—¿Ha muerto?

—Sí.

—¿Lo mataste tú?

—Sí.

—Para que no pudiera contar a nadie lo que había hecho, ¿verdad?

—Exacto.

—A Rod y a mí también piensas matarnos, ¿no es cierto?

—Si tú te muestras complaciente conmigo, viviréis los dos. Encerrados en esta casa, por supuesto.

—¿En jaulas, como el gorila?

—Rod, sí; tú. no. A ti te encerraré en una habitación.

—Prefiero la muerte.

—Una muerte corriente, tal vez; pero no la que yo te reservaría.

—¿«Kluto»?

—Sí. Con él me estoy vengando de aquellas personas que se mofaron de mí, cuando era un enano. Ya han muerto dos. Teresa Palmer y Eve Jones. Dos profesionales del amor. Les hice creer que el gorila tenía mi cerebro, para que su terror fuera aún mayor. «Kluto» las violó, y luego las hizo pedazos. Tuve que recoger sus restos con una pala.

Stefanie Darrow sintió que le fallaban las piernas.

Max Kirby añadió:

—Yo puedo librarte de ese horror, Stefanie. A cambio, tú me permitirás gozar de tu cuerpo todas las veces que lo desee.

—No, nunca.

—¿Prefieres que te posea «Kluto»?

Stefanie no respondió.

De pronto dio un fortísimo tirón y se soltó de Max Kirby.

Este quiso atraparla de nuevo, pero Stefanie ya corría como loca escaleras arriba.

Max escupió una maldición y se lanzó tras la muchacha, uno de cuyos tobillos logró aprisionar, cuando ella ya casi rozaba la puerta con sus manos.

Stefanie perdió el equilibrio y cayó sobre los escalones de piedra, dando un grito.

Max saltó sobre ella y trató de sujetarle los brazos contra el pecho.

Stefanie luchó desesperadamente con él, consciente de que su vida y la de Rod Banks estaban en juego.

Consiguió clavar sus uñas en el cuello de Max, haciendo brotar la sangre instantáneamente.

Kirby aulló de dolor.

Pero su respuesta no se hizo esperar.

Fue un duro puñetazo en la sien, que hizo perder el conocimiento a la joven en el acto.

Quedó tendida sobre los escalones.

—Condenada muchacha —rezongó Max Kirby, sacando un pañuelo del bolsillo.

Se limpió la sangre del cuello con él.

Mientras lo hacía, posó la mirada en las piernas de Stefanie, que habían quedado al descubierto.

No pudo resistir la tentación de acariciarlas con la otra mano, hasta muy arriba. Incluso sintió deseos de tirar del slip hacia abajo, para descubrir la intimidad.

Pero no lo hizo.

Se excitaría y acabaría poseyéndola, y no quería hacerla suya hallándose inconsciente.

CAPITULO XII

A la una menos algunos minutos, Rod Banks estacionaba su Buick frente a la tienda de calzado donde trabajaba Stefanie Darrow.

Mientras esperaba a que la joven saliera, para almorzar, encendió un cigarrillo.

Lo consumió totalmente, y Stefanie no salía, pese a que ya pasaban siete minutos de la una.

El investigador, intrigado, descendió del coche y entró en la tienda, donde le dijeron que Stefanie Darrow no había ido a trabajar aquella mañana.

Rod, en principio, pensó que la muchacha seguía acusando los efectos de fa droga que le echara su hermano en el whisky, y que sin duda era eso lo que la había impedido acudir al trabajo.

Montó en su coche de nuevo y se dirigió a Rosedale Street.

Minutos más tarde, se hallaba frente al apartamento de Stefanie.

Hizo sonar el timbre.

Pasó un minuto, y la joven no acudía a abrir.

Rod repitió la llamada.

Apenas irnos segundos después, sonaba también el teléfono de la muchacha.

Stefanie no lo descolgaba.

Rod, denotando síntomas de preocupación en su rostro, probó a abrir la puerta. La abrió con facilidad, pues ni estaba cerrada con llave ni pasada la cadena de seguridad.

—¿Stefanie...? —llamó, entrando en el apartamento.

La joven no respondió.

Como el teléfono seguía sonando, Rod se acercó a él y descolgó el auricular.

—¿Diga?

—¿Qué tal, Rod? —preguntó una voz masculina, en tono irónico.

El investigador respingó ligeramente, al reconocer al hermano de Stefanie.

—¿Tony...?

—El falso Tony.

—¿Qué quieres decir?

—Que no soy Tony Darrow, aunque todo el mundo cree que sí. Yo me llamo Max.

—De modo que estabas suplantando a Tony...

—Sí.

—¿Por qué razón?

—Es una larga historia, que tendré mucho gusto en contarte si acudes a cierto lugar que yo te indicaré.

—¿Qué lugar?

Max Kirby se lo explicó.

—¿Tienes ahí a Stefanie? —preguntó Rod.
—¿Cómo lo has adivinado?
—No fue a trabajar esta mañana, y no está en su apartamento.
—Cuando salió de casa, yo la estaba esperando abajo.
—Y la obligaste a subir a tu coche...
—No, subió voluntariamente. La engañé, ¿sabes? Le dije que te tenía a ti en ese viejo caserón, y que lo pasarías muy mal si ella no venía conmigo. Si llegas a ver la cara que puso... Te ha tomado afecto, no hay duda.
—¿Le has hecho algo?
—Todavía no.
—Si la tocas, te sacaré las tripas por la boca.
—Por ahí le saldrán a ella, como tú intentes algo. Le até unos cartuchos de dinamita al vientre, y puedo hacerlos estallar a distancia, así que mucho cuidado con lo que haces, Rod, o Stefanie saltará en pedazos.
—Bastardo... —masculló roncamente el investigador.
—Te espero, Rod. No te demores o pensaré que estás tramando algo, y haré estallar la dinamita —advirtió Max Kirby, y colgó.

* * *

Stefanie Darrow empezó a moverse.
Tenía la sensación de que su cabeza era un yunque, y que alguien descargaba un pesado martillo sobre él. Incluso creía oír los martillazos.
El sonido, metálico, era tan claro...
Stefanie abrió los ojos.
Al instante comprendió por qué el ruido metálico era tan claro.
Lo causaba el monstruoso gorila, al zarandear los barrotes de la puerta que comunicaba su jaula con la que ahora ocupaba Stefanie.
Al ver que la muchacha había recobrado el conocimiento, el cuadrumano lanzó un rugido.
Stefanie chilló de terror y se arrastró sobre la sucia paja.
«Kluto» siguió pugnando por abrir la puerta.
Stefanie descubrió que la paja estaba manchada de sangre.
También descubrió los jirones de carne y de piel, junto con algunos restos de vísceras humanas.
Creyó volverse loca de horror.
Encogida en un ángulo de la jaula, gritó:
—¡Max...! ¡Sácame de aquí, Max...!
Pero Max Kirby no la oyó, porque no se hallaba en el sótano.
Ni siquiera en la casa.

* * *

Rod Banks detuvo su coche frente al caserón que le había descrito Max Kirby por teléfono.

El Mercury verde del infortunado Tony Darrow estaba allí, pero vacío.

Rod salió del Buick.

Fue hacia la puerta de la casa, que permanecía cerrada.

En aquel momento oyó la voz de Max Kirby, a su espalda:

—No te vuelvas, Rod.

El investigador se quedó quieto.

—Quítate la chaqueta. Despacio —indicó Max.

Rod obedeció, dejando al descubierto su arma.

—Ahora saca tu revólver de la funda y arrójalo detrás de ti —siguió indicando Max—. Hazlo lentamente y sin volverte para nada.

Rod lo hizo así.

—Muy bien. Puedes entrar en la casa. La puerta no está cerrada con llave —dijo Max.

Rod empujó la puerta y penetró en el caserón.

Max Kirby ya había recogido el revólver del investigador, y apuntaba a éste con él. Entró también en la casa, cuya puerta cerró.

—¿Puedo volverme ya? —preguntó Rod.

—No. Camina hacia el fondo del vestíbulo —ordenó Max.

Rod echó a andar.

Segundos después, Max Kirby indicaba:

—Abre esa puerta y baja la escalera. Sin prisa.

Rod abrió la puerta del sótano y empezó a bajar los escalones de piedra.

Desde allí se oían los ruidos que causaba «Kluto».

Al descubrir al investigador, el gorila rugió poderosamente.

Rod Banks se quedó parado, al pie de la escalera, contemplando al cuadrumano.

—Dios... —musitó, estremecido.

—Camina hacia la jaula que ocupa Stefanie —indicó Max Kirby.

Al oír hablar a éste, Stefanie Darrow, que seguía acurrucada en un ángulo de su jaula, temblando de terror, volvió la cabeza.

—¡Rod! —gritó.

El investigador, al descubrir que la muchacha tenía las manos libres, y no llevaba sujeto al vientre cartucho de dinamita alguno, comprendió que Max Kirby le había engañado, y se volvió hacia él.

—Eres un tipo muy listo, Max.

Kirby sonrió.

—Siempre lo he sido, Rod.

—¿Qué pretendes con todo esto?

—Te lo diré cuando estés encerrado con Stefanie. Camina hacia la i aula.

Rod no tuvo más remedio que obedecer, porque Max le encañonaba con su revólver.

—Párate ahí —ordenó Max, cuando el investigador se hallaba a sólo dos metros de la jaula.

Rod se detuvo.

Max dio un rodeo y abrió la puerta de la jaula, retirándose inmediatamente de ella.

—Adentro, Rod —ordenó.

Rod Banks caminó hacia la puerta, pero cuando llegó el momento de cruzarla titubeó.

Max Kirby le propinó un violento empujón y lo arrojó al interior de la jaula, sobre cuya paja cayó.

Era lo que Rod quería.

Llevaba otro revólver sujeto a la pierna derecha y la caída le permitió extraerlo con disimulo.

Cuando Max Kirby se dio cuenta, Rod Banks ya tenía el arma en la diestra.

—¡Maldito! —rugió, y apretó el gatillo.

El investigador disparó antes, alojándole dos balas en el pecho.

Max Kirby lanzó un aullido de muerte y se derrumbó, quedando tendido de bruces.

El ruido de los disparos excitó a «Kluto», que redobló sus esfuerzos por abrir la puerta, dando unos rugidos que helaban la sangre.

Rod tomó de la mane a Stefanie y tiró de ella.

—¡Salgamos de aquí, de prisa!

Abandonaron la jaula

El ver que la hermosa muchacha huía enfureció aún más a «Kluto», y ello le permitió acabar con la resistencia de la puerta, la cual arrancó de cuajo.

—¡Rod...! —chilló Stefanie.

—¡Corre, no te detengas! —rugió el investigador.

«Kluto» salió de la jaula y corrió también, mucho más de prisa que ellos.

Rod le disparó.

A los ojos, porque adivinaba que era el único punto vulnerable del gorila, teniendo en cuenta que le disparaba con un revólver de calibre 38, y eso era muy poco, para una bestia del tamaño y la dureza de aquélla.

Afortunadamente, Rod Banks tenía una puntería excelente, y reventó los encendidos ojos del gorila, que empezó a dar unos saltos y unos rugidos escalofriantes.

Pero alguna de las balas debió llegarle al cerebro, porque, tan sólo algunos segundos después, se desplomaba, agonizante, y quedaba rígido en el suelo.

Rod Banks dio un hondo suspiro de alivio, al ver caer al gorila.

Para Stefanie Darrow, el ataque de «Kluto» fue la gota que desbordó el vaso de las emociones fuertes, y se desmayó en brazos del investigador privado.

EPILOGO

Había anochecido ya.

Los momentos de horror vividos en la vieja casa del profesor Odell habían quedado atrás, aunque Stefanie Darrow tardaría mucho en olvidar lo sucedido.

La joven, al volver en sí, había contado a Rod Banks toda la historia, que luego repitió a la policía, en presencia del investigador, quien también refirió la parte del drama que le había tocado vivir a él.

Pero también eso había quedado atrás.

Ahora se encontraban ambos en el apartamento de Stefanie, sentados en el diván, y Rod había besado y acariciado en distintos momentos a la muchacha, sin que ella pusiera ninguna objeción.

—Stefanie...

—¿Sí, Rod?

—¿Me dejas pasar la noche aquí?

—¿En mi apartamento?

—Sí.

—¿No te parece que es ir demasiado de prisa?

—No te estoy pidiendo que te acuestes conmigo, sólo que me permitas pasar la noche aquí. Puedo dormir en el diván.

—¿De verdad te conformarías con eso?

—Sí; no quiero volver por mi apartamento.

—¿Por qué?

—¿Sabes quién me estaba esperando anoche, cuando llegué?

—Olga.

—A ver si adivinas también dónde.

—En la cama.

—¿Y cómo?

—Como su madre la trajo al mundo.

—Lo has adivinado todo.

—El tipo ese que te debe los honorarios debió mandarla de nuevo, con la consigna de no abandonar tu apartamento sin haber cumplido con su deber.

—Sigues acertando.

—¿Hiciste el amor con ella?

—No pude evitarlo.

—¿Y qué tal? ¿Es tan experta como aseguró el tipo?

—Sabe mucho, sí.

—Me alegro por ti, porque lo pasarías bomba.

—No creas.

—Oh, vamos, Rod.

—Si de verdad lo hubiera pasado bomba con ella, no te pediría que me dejes pasar la noche aquí. Sé que Olga me está esperando en el mío.

—¿No te lo «cobraste» todo anoche?

—Como llegué tarde, y esta mañana tuve que madrugar...
—Faltó tiempo, claro.
—¿Puedo quedarme, Stefanie?
—Sí, no me importa.
—Gracias —sonrió Rod, y le dio un beso.
Stefanie apretó los labios, dando claramente a entender que no deseaba ser besada.
—¿Qué te pasa, Stefanie? —preguntó Rod.
—Nada.
—¿Te ha molestado que anoche durmiese con Olga?
—Dormir sería lo que menos haríais, pero no estoy molesta por ello. ¿Por qué iba a estarlo?
—No lo sé. Quizá porque yo te gusto...
—¿Gustarme tú a mí, con esa cara de trombón que tienes?
—Tú a mí sí me gustas, Stefanie. Y no te imaginas cuánto.
—Corta, Vladimir, que te veo venir.
—Estoy enamorado de ti, Stefanie.
—¿Ya lo estabas anoche, cuando te trajinabas a Olga?
—Más bien fue ella la que me trajinó a mí.
—Claro, como sabía tanto...
—Si estas celosa de Olga, es porque tú también sientes algo por mí.
—Deseos de estrangularte.
—¿Por qué no confiesas que también estás enamorada de mi?
—No diría eso ni aunque me quemasen los pies.
—Yo sé cómo hacerte confesar.
—¡Eh!, ¿qué haces?
—Tomarte en brazos.
—¿Adónde me llevas?
—A tu cuarto.
—¡Es pronto, aún no tengo sueño!
—¿Quién habla de dormir?
—¡Socorro, quieren violarme! —gritó Stefanie, pero bajito, para que nadie la oyera.
Ya estaban en el cuarto.
Rod la dejó caer sobre la cama y empezó a besarla y acariciarla con habilidad, recorriendo con una mano sus muslos, mientras con la otra le abría la blusa y soltaba el sujetador acariciando sus jóvenes y hermosos senos, que se estremecieron al contacto de sus dedos.
Stefanie Darrow se rindió mucho antes de lo que esperaba el investigador.
—Me gustas, Rod, me gustas... —dijo, rodeándole el cuello con sus brazos.
—¿Mucho?
—Con locura.
—¿Quieres casarte conmigo, Stefanie?
—Sí.

—¿No te importa que tenga cara de trombón?

Stefanie rió.

—No digas tonterías y sigue, que me está ocurriendo lo de anoche. Tú excitas los sentidos mejor que la más efectiva de las drogas.

Rod Banks rió también.

Muy pocos minutos después, hacía suya a Stefanie Darrow, la mujer con la que deseaba compartir el resto de sus días.

FIN